



PASIÓN POR

EL

Highlander

Aitor Ferrer

PASIÓN POR
EL *Highlander*

Aitor Ferrer

Primera edición.
Pasión por el Highlander.
© 2020, Aitor Ferrer.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Un fuerte dolor de cabeza impedía que pudiera abrir los ojos y me dolía todo el cuerpo, sentía como si un tractor me hubiera pasado por encima.

Saqué fuerzas de flaqueza y conseguí abrirlos, pero no lograba ver con nitidez ¿Dónde estaba? Lo que veía no me sonaba en absoluto y lo peor de todo, no recordaba nada...

Miré con la visión borrosa y comprobé que me encontraba en una habitación extraña, amplia, decorada en madera y con un ventanal gigante que daba a un exterior que parecía ser todo campo.

Me levanté de la cama y me caí al suelo ¿Qué me pasaba? La puerta no tardó en abrirse y apareció un hombre rubio, con una barba recortada y un pelo dorado recogido en una coleta, todo enmarcado en una cara bonita, pero ¿de quién se trataba?

— Hola, soy Liam ¿Qué tal te encuentras? — su tono suave con esa media sonrisa me hacía presagiar que daño no me iba a hacer.

— ¿Dónde estoy?

— Tranquila — me ayudó a incorporarme con delicadeza — Estás en mi casa. Llevas aquí desde ayer que te encontré en un camino inhóspito de vuelta hacia mis tierras.

— Me encontraste ¿cómo?

— Inconsciente, sola, sin documentación... Te traje aquí apresuradamente y vino el doctor del pueblo — había preocupación en su voz.

— ¿Me hicieron algo? — pregunté intentando mantener los ojos abiertos.

— No tienes signos de abusos, ni de que te hayan maltratado. El doctor decía que tenías un golpe en la cabeza y otro en la cadera, que pensaba que te había pillado un coche que no paró para socorrerte, lo extraño es que anduvieras por ahí sola. Te quejabas de dolor, te tuvieron que sedar un poco y te estamos administrando unos calmantes.

- Vale, ya sé que estoy en tu casa, pero ¿dónde está situada?
- A veinte minutos de Inverness...
- ¿Inverness? No lo ubico...
- En las Tierras Altas de Escocia.
- ¿¿¿Escocia??? — estaba abrumada, no entendía nada y mucho menos era capaz de saber qué había sido de mí.
- ¿Cómo te llamas? — preguntó preocupado.
- No lo sé... — rompí a llorar. Me estaba entrando ansiedad, miedo, terror.
- Eh, tranquila — se sentó a mi lado y me echó la mano por encima del hombro con delicadeza.
- No sé dónde estoy, de dónde vengo ni para dónde iba. Solo sé que tengo mucho miedo — mi voz quebrada entre sollozos hizo que en su cara se reflejara aún mayor preocupación.
- Te prometo que te voy a ayudar, acabas de despertar, verás que en unas horas o en unos días resolvemos la cuestión, te irás acordando.

Mi cabeza era un bombo dolorido, plagado de latidos que se agolpaban en mi sien. Intentaba recordar algo, por insignificante que fuera, pero no podía.

Liam parecía un hombre noble. No me daba la sensación de que me hubiera provocado ningún mal ni de que se estuviera inventando una historieta, pero ¿y si era así?

Lo observé con cierto temor y su mirada se clavó en la mía. Sentí como si pudiera meterse en mi cabeza y leer mi mente, pero lógicamente no era así. Él no podía conocer mis pensamientos más allá de lo que reflejaran mis ojos. Ese hombre transmitía dolor y empatía, en definitiva, nada inquietante.

- ¿Te traigo un zumo? ¿Un café? ¿Algo de comer?

— Necesito ir al baño.

— Te acompaño, está en el pasillo — se levantó para ayudar a que me incorporara y me agarró del brazo con cuidado, sin atisbo de rudeza, tranquilamente.

— Gracias — dije cuando llegué a la puerta y entré sola en aquella estancia.

Y ahora ¿Qué pasaría conmigo? Era una locura. Tomé conciencia de que era una situación surrealista, una especie de pesadilla, pues no recordaba mi identidad, menos aún a mi familia, ni mi casa, ni mi procedencia.

Tenía una camiseta blanca larga puesta. No sabía si era mía, pero en el estado en que debieron encontrarme lo dudaba, seguro que alguien se encargó de cambiarme ¡No podía creerlo! Lloré sentada en esa taza de forma desconsolada.

Miré por la ventana del baño y me di cuenta de que estaba en una finca en medio de la nada, con unos grandes terrenos amurallados, repletos de árboles y lo que parecían ser unos establos de madera. Podía ver a alguna que otra persona que parecía que trabajaba en aquel lugar. Solté el aire, lo que estaba viviendo era demasiado para mí.

Si no fuera porque la desazón se había apoderado de mi persona, hubiera disfrutado de aquella increíble vista, pues la casa debía estar enclavada en un idílico paisaje montañoso del norte de Escocia.

Atractivas laderas que tenían como telón de fondo un enigmático paisaje rural. Eso era lo que percibía y en el lejano horizonte casi podía leer una pregunta, ¿qué hacía una chica como yo en un sitio como ese?

Eché una ojeada a mi alrededor. La sensación de calma y bienestar que regalaba aquella casa se dejaba de ver hasta en un cuarto de baño equipado con bañera de hidromasaje y ducha de lluvia.

Salí del baño y allí estaba Liam, con los brazos cruzados esperándome apoyado sobre una ventana.

— ¿Bien? — su tono denotaba preocupación, como si de verdad le importara ayudarme.

— No — volví a romper a llorar y me abrazó.

Su forma de abrazar no dejaba lugar a dudas, el suyo era interés real, acariciaba mi cabello e intentaba calmarme.

Conforme íbamos avanzando por el pasillo me llamaba la atención un suelo oscuro de piedra, que se notaba pulido, adquiriendo un acabado sutilmente brillante y táctil. Todo se percibía muy cuidado y la decoración debía haber sido concienzudamente estudiada.

— Vamos a la cocina, allí está Patty, es la señora que lleva el tema de la limpieza y de la comida. Estoy seguro de que te dará algo que te hará sentir mejor.

Me ayudó a bajar esas escaleras de madera, Liam no debía tener más de treinta y cinco años. Yo ni siquiera sabía mi edad, pero era algo más joven seguro.

Entramos a la cocina y una señora de unos cincuenta años me sonrió con tristeza.

— Hola, soy Patty ¿Cómo estás?

— Bueno, intentando asimilar lo que me está pasando — le sonreí entre lágrimas.

— Tranquila, es muy pronto, verás que en poco tiempo te sentirás mejor.

— No se acuerda de nada, poco a poco seguro que irá recordando — el tono de Liam era de lo más cariñoso, se notaba que era un buen hombre.

— Bueno, verás que todo irá bien y en breve nos estarás contando los detalles de tu vida.

— Espero, pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo, no puedo entrar en vuestras vidas con las manos vacías, entiendo que puedo ser una molestia.

— ¡No! — dijo Patty cogiendo mi cara con sus dos manos — Cariño las tierras son grandes y hay sitio para todos.

— No te preocupes ahora por eso — interrumpió Liam — De todas maneras, mañana o pasado cuando estés mejor iremos a Inverness a hablar con la policía y comprobar qué pueden hacer para dar con tu identidad.

— Gracias — dije mientras las lágrimas no cesaban de rodar por mis mejillas.

— Siéntate, cariño — señaló a la silla Patty — te voy a servir una sopa que te sentará muy bien.

— ¿Qué hora es? — pregunté desorientada.

— Las siete de la tarde — contestó Liam con una sonrisa — Ahora vuelvo, espero que te sienta bien la sopa milagrosa que hace ella.

— Gracias.

Se fue de la cocina y me dejó con Patty, era una señora muy cariñosa, amable y me trataba con extremo afecto. Justo lo que yo necesitaba en los que consideraba que debían ser los momentos más desconcertantes de mi vida.

— Ahora te voy a subir la ropa de mi hija que debe quedarte bien, está trabajando en Edimburgo. Así podrás ponerte cómoda cuando quieras.

— Gracias, siento las molestias.

— No, cariño, ahora lo importante es que te pongas bien, por lo demás no te preocupes.

Me sirvió una rica sopa de verdura y pollo, me la comí con tranquilidad, me costaba hasta hacer movimientos rápidos. Me sentía débil e inestable. Miré a mi alrededor. ¡Por Dios, aquella cocina podía recorrerse en bicicleta! Sus dimensiones eran increíbles y la calidez su nota predominante.

La totalidad de la carpintería, lo que incluía los muebles de cocina suspendidos y las ventanas, había sido construida en roble, una madera que mejoraba la sensación de consistencia y que proporcionaba a la amplia estancia un confort especial.

Algunas de sus paredes estaban revestidas de la misma madera. Carecía de muebles altos, lo que la hacía todavía más acogedora. Por lo tanto, en la parte alta de sus paredes únicamente se dejaban ver algunas estanterías con ciertos detalles rústicos, totalmente acordes con su estilo.

Me percaté de que no había en ella ni rastro de electrodomésticos ni de nada que la sacara de aquella línea tan atemporal. Debían estar paneados. En cuanto a la iluminación, pendían de su techo un par de lámparas de esas que se sostenían por unas cuerdas trenzadas y que terminaban en unos focos vintage.

Disponía de su propio office, por lo que pensé que, de ser mía, yo pasaría muchas horas de mi vida en aquella maravilla de cocina que contaba con un ventanal con un verde natural de fondo que indicaba que era cierto lo que me había dicho Liam: estábamos en las Highlands y el magnífico exterior nos lo recordaba.

Terminé la sopa y necesitaba dormir, Patty no dudó en acompañarme al dormitorio. Tuvo que ayudarme a echar el paso: dolorida, cansada, pateada... No sabría definir cómo me sentía. Lo único que tenía claro es que era la sensación completamente opuesta a bien.

Me tumbé en la cama y observé cómo corría las cortinas para que la oscuridad me ayudara a descansar. Me costaba mantener los ojos abiertos, tenía la sensación de que los ojos me pesaban y de que no había descansado en horas.

De seguir así, me iba a convertir en la Bella Durmiente, aunque muy bella precisamente no me había parecido la imagen que reflejó el espejo del baño, pues me había visto ojerosa y desmejorada, aunque a decir verdad tampoco sabía cómo era mi rostro en normalidad, ¡Menuda faena!

Antes de que se fuera la luz caí en la cuenta de que ni siquiera me había fijado en el dormitorio, dominado por una paleta a base de tonos grises y rosas que le otorgaban un aire delicado y romántico.

Las tablas de sus revestimientos parecían proceder de la propia naturaleza y, cada una de sus grietas era ensamblada con incrustaciones, también en madera, en forma de mariposa.

Precioso, esa era la realidad. Aquel ambiente parecía de novela. Si no fuera porque me dolía tanto la cabeza y porque además era un hervidero de preguntas sin respuestas hubiera podido

disfrutarlo.

Patty dejó una jarra de agua en la mesita con un vaso y me advirtió de que lo que necesitara se lo hiciera saber. Me sentí mucho mejor, cuidada, acompañada, mimada. Esa era la realidad, ¿o sería lo que yo deseaba ver?

Cerré los ojos y noté calma y miedo a partes iguales. Pensé en la atractiva sonrisa de Liam, un *highlander* que parecía hospitalario donde los hubiera. Casi esbozo mi propia sonrisa pensando en que, de haberlo conocido en otras circunstancias, me habría sentido inmediata e irremediamente atraída por él, pero lo cierto era que en las que estaba viviendo no tenía ganas ni de mirarme, ¡Cuánto y más al resto!

Luego estaba Patty, que parecía cariñosa y entregada al cien por cien, una persona que estaba acostumbrada a llevar el peso de la casa y a hacer sentir bien a quienes en ella vivían, aunque pensándolo bien no sabía si Liam tenía familia.

Por allí no había ni un alma, por lo que quizás estuviera soltero, divorciado o viudo. Tampoco parecía haber niños, vamos que lo mismo había ido a caer en casa del *highlander* de oro de la zona y yo sin saberlo. Bueno no sabía ni eso ni nada, por no saber, no sabía ni quién era yo...

Por una parte, estaba deseando caer en brazos de Morfeo, a ver si era posible que me despertase más restablecida, pero por otra, me sentía temerosa. ¡Y no era para menos! Ni que decir tiene que aquellas personas no habían hecho nada que despertara mi desconfianza, todo lo contrario, pero, al fin y al cabo, yo no sabía nada aparte de lo que me quisieran contar los que para mí eran unos completos desconocidos...

Poco a poco fui notando que mis párpados cedían y que el sueño se iba haciendo con mi cuerpo. De repente, me descubrí a mí misma intentando tararear una canción de la que no tenía ni la más remota idea de qué significaba para mí, ¿cuánto iba a durar aquello?

Capítulo 2

Me froté los ojos intentando abrirlos en aquella oscura habitación que había dejado Patty totalmente sin luz para que pudiera descansar bien. Y dicho y hecho, lo había conseguido.

Estiré la mano y pulsé el interruptor que estaba al lado de la cama, junto a la mesita de noche. Esperaba familiarizarme pronto con todo aquello. No sabía lo que iba a durar mi estancia allí.

Me levanté con cuidado y descorrí las cortinas. El día se veía gris. Sin embargo, al abrir las ventanas no me dio la sensación de que hiciera demasiado frío.

Patty había dejado ropa de su hija encima de un gran aparador, clasifiqué y me decanté por unos *leggings* de algodón negros y una camiseta de mangas largas del mismo color ¡Lista para el funeral! Era todo tan triste... no había peor sensación que no saber nada de mi vida, ni una mísera pista.

Me dirigí hacia el baño del pasillo y entré para darme una ducha. Ya me habían dejado unas toallas sobre una silla redonda para que las usara.

Me iba sintiendo menos débil, pero mi memoria seguía igual de turbia, por no decir negra. Nada, no me acordaba de nada. ¿Habría alguien buscándome? Y si era así, ¿dónde?

No sabía ni qué hora era, pero debía ser temprano... Algo de orientación me quedaba.

Me duché con cuidado y tras vestirme bajé a la cocina. Esperaba encontrarme a alguien allí, me sentía una intrusa en esa casa desconocida ¿Cómo sería en la que yo viviera? Me daba pánico que alguien, en algún lugar, estuviera preocupado buscándome.

Me asomé a la cocina y allí estaba Patty con Liam que tomaba un café. Los dos me dieron los buenos días de forma sincronizada. Se les dibujó una sonrisa en sus caras al verme y rápidamente hicieron que me sentara.

— ¿Un café o un vaso de leche, cariño? — preguntó Patty frotando mi espalda con delicadeza.

— Sí un café con leche, por favor — la miré con cariño.

— Pues un café y un poco de pan con mermelada hecha por mí y verás que empiezas el día con fuerzas.

Liam me miraba sonriendo mientras tomaba su café. En su gesto se reflejaban humildad, respeto y cariño a través de esa mirada que intuía que no podía ser fingida.

— Si te apetece ahora salimos a dar una vuelta por mis tierras y te las enseño, quizás te vendrá bien que te dé un poco el aire — hablaba mientras sonreía.

— No quiero ser molestia — mi tono era triste y cabizbajo.

— No — cogió mi mano por encima de la mesa e hizo un gesto afectuoso— No eres molestia — negaba con la cabeza lentamente al mismo tiempo que me miraba con esa sonrisa que no perdía en ningún momento — Queremos que te sientas acogida en casa, que te pongas bien y te vamos a ayudar a que encuentres respuestas a tantas preguntas que sé que se agolpan en tu cabeza.

— Claro que te vamos a ayudar — volvió a frotarme la espalda Patty.

— No sabéis ni mi nombre — sonreí con resignación.

— Bella, a partir de ahora te llamaremos Bella, hasta que no se demuestre lo contrario, pues preciosa eres un rato — Patty era la más cariñosa del mundo ¿Cómo había ido a caer en manos de tan buenas personas? Sin duda, el destino se había posicionado de mi lado.

— Me podéis llamar Olvido — bromeé poniendo los ojos en blanco.

— No, eso es momentáneo, no te llamaremos así, además Bella es algo que serás toda la vida — decía Patty ante la sonrisa amable de Liam.

— Eres un encanto...

Patty comenzó a contarme sobre su hija Megan que vivía en Edimburgo y trabajaba en una escuela privada de primaria. Hablaba de ella con un cariño que me hacía preguntarme si yo tendría una madre que sintiera esa devoción por mí. En el fondo me ponía triste no recordar nada. Bueno, en

el fondo y en la forma, no era yo precisamente la alegría de la huerta esos días.

Aquel *highlander* me observaba con una sonrisa. Se mantenía prudente, no era muy charlatán pero su mirada reflejaba bondad, entre muchas cosas, todas ellas buenas. Me transmitía que era una persona en la que se podía confiar. Ojalá que no me equivocase.

Terminamos de desayunar. Me había comido dos trozos grandes de pan y tomados dos cafés. Lo cierto es que estaba hambrienta, debían ser los medicamentos, esos que me daba con tanto cariño Patty, los que me tuvieran así.

Liam me señaló para que lo siguiera y Patty me hizo un gesto para que fuera, era un encanto de mujer. ¡Vaya suerte dentro de la desgracia!

Salimos y los terrenos eran impresionantes. Nos saludaban amablemente algunos hombres que por lo visto trabajaban allí.

— Todo esto era de mis padres — comenzó a contarme mientras andábamos — Ellos trabajaron mucho por y para estas tierras, se volvieron los mayores productores de frutas y verduras de todas las Highlands.

— ¿No viven?

— No — sonrió mirándome con tristeza mientras íbamos hacia la parte trasera de la finca, rodeando la casa — Mi padre murió hace cinco años, ya era mayor; mi madre hace veinte años, yo apenas tenía dieciséis años — Más o menos lo que imaginé, unos treinta y cinco años, en concreto tenía treinta y seis.

— ¿Y te quedaste a cargo de esto?

— Sí, es lo que te voy a enseñar — señaló con la mano cuando nos giramos y lo que vieron mis ojos solo podía calificarse de impresionante, cultivos y cultivos en los que se perdía la vista — Todo lo que está al aire es la verdura, la fruta en aquellos invernaderos — señaló.

— Impresionante — lo dije tal como lo pensé y todavía lo era más la cantidad de personas

que se veía allí detrás trabajando.

— Sígueme, te voy a enseñar algo.

— Claro — le sonreí, me encantaba su carácter y su educación, se veía una persona con una valía increíble.

Llegamos a una pequeña casa de madera, tipo cabaña, con mucho encanto. Vista desde el exterior no parecía demasiado amplia, al abrir la puerta me puse las manos en la boca.

— Es una preciosidad...

— Aquí me venía los fines de semana como quien iba de campamento. La mandó a construir mi padre, era mi lugar de desconexión, en ella me relajaba viendo películas, tomando alguna copa...

— Es preciosa — observé aquel habitáculo compuesto de salón con cocina, un dormitorio y baño, todo en madera, una autentica cucada y de lo más acogedora, pequeña, pero no le faltaba detalle.

— Te ofrecería un whisky escocés o una cerveza, pero no puedes, estás tomando medicación — sonrió — ¿Un refresco?

— No, aún tengo el café en la garganta — reí.

— Bueno, pues si te apetece podemos ir ahora a Inverness para poner tu caso en conocimiento de las autoridades.

— Te lo agradecería, me preocupa mucho que mi familia pueda estar como loca buscándome.

— Claro — señaló hacia la puerta para que saliera.

Nos dirigimos a uno de los coches que estaban aparcados, un todoterreno blanco. Me monté en el asiento del copiloto y salimos rumbo a esa emblemática ciudad en la que podrían ofrecerme ayuda.

El camino hacia ella no lo reconocía ni por asomo, no me daba la sensación de haber estado allí nunca, pero me parecían unas tierras increíblemente preciosas.

Liam conducía mientras me explicaba aspectos de la zona. Yo me preguntaba que de dónde sería, conocer mi ciudad de origen era crucial. Algo me decía que no iba a ser Escocia, por mi acento Liam pensaba que era probable que yo fuera de Inglaterra.

Llegamos a Inverness, aquello me llamó mucho la atención, me gustaba lo que veía.

Paró en la puerta de la comisaría de policía. Un agente nos hizo pasar rápidamente, cuando le explicamos el caso nos derivó a su jefe, el inspector Alastair que nos hizo sentar en su despacho con mucha amabilidad.

Liam comenzó a contarle lo mío y el hombre se quedó impactado por lo que escuchaba. Lo hacía con atención, me miraba como transmitiendo tranquilidad, como que se iba a volcar en ese caso.

Ordenó que me tomaran las huellas para cotejar alguna información con la base de datos, pero no había ninguna coincidencia. Tenían que volcarlas en otra para ver si arrojaban luz, pero tardaría un poco más. Aparte, me hicieron unas fotos para enviarlas a un centro de no sé qué, el caso es que ojalá dieran pronto con mi identidad. Necesitaba saber de dónde venía y qué pasó para que yo estuviera en ese lugar en el que me encontró Liam.

Alastair nos prometió tenernos al tanto de todo. Nos aseguró que no iba a dejar que pasaran los días y que iba a trabajar muy seriamente en ello para ayudarme a encontrar mi identidad. Se notaba que era muy empático, profesional y sobre todo humano.

De allí nos fuimos a la clínica del doctor que vino a casa de Liam. Estuvo explorándome y me cambió la medicación. Nos dio esperanzas de que la mía se tratara de una pérdida de memoria temporal. Según sus palabras, podía comenzar a recuperarla en cualquier momento, eso me dejó más tranquila.

Salimos de la consulta y regresamos hacia la casa, por el camino rompí a llorar.

— ¿Qué te pasa? — preguntó con preocupación poniendo una de sus manos en mi cabeza y acariciándola. Con la otra conducía, aunque en aquel camino no había apenas tráfico.

- Me siento mal por vosotros, os estoy metiendo en un embolado que no os pertenece, no tenéis por qué aguantar a ninguna extraña.
- No digas eso, por favor. Eres bien recibida y te puedes quedar el tiempo que quieras, da igual si es una semana, un mes o un año.
- Me voy a tener que poner a limpiar entonces — bromeé a medias, pues pensaba ayudar a Patty sí o sí mientras permaneciera en esa casa.
- No hace falta, de verdad, siéntete en unas inesperadas vacaciones, pero no te quiero ver sufrir por eso, no es necesario que estés así. Te repito que eres bienvenida y espero que cuando recuperes tu vida no te olvides de nosotros, siempre tendrás un lugar aquí.
- Gracias, me habéis caído del cielo — me sequé las lágrimas.

Ya estábamos llegando a la casa, era mediodía y la mañana había sido de lo más aprovechada gracias a la generosidad de Liam, mi salvador.

Bajé del coche y me sorprendió la sensación de sentirme reconfortada. Era como si, a falta de tener conocimiento de cuál era mi propia casa, empezara a sentir aquella como la mía. Lógico que la cabeza intentara acomodarse a la situación.

Según avanzaba hacia la entrada, varios de los trabajadores me saludaron, un gesto que también me agradó, pues me hacía sentir bien acogida. Noté que tenía apetito y eso me gustó, así que llegué a la cocina y me salió del alma darle un abrazo y un beso a Patty.

Hola, Bella, te veo más animada, ¿buenas noticias?

Todavía no, pero espero que pronto...

Seguro que pronto —añadió Liam con contundencia. El inspector se ha interesado mucho por su caso y a esas alturas ya debe estar manos a la obra.

Al escucharlo pensé que aquel atractivo hombre, que no solo se había convertido en mi ángel de la guarda, sino que era una compañía de lo más deseada por mí, no era el prototipo de *highlander* rudo. Y ello en el sentido de que derrochaba cariño y amabilidad por los cuatro costados, pero sí

representaba la fuerza y la seguridad de la que tanto se hablaba sobre los varones de aquellas tierras.

Entonces, en nada estaremos de celebración —añadió con voz cantarina Patty.

Dios te escuche. ¿Qué es eso que has cocinado que huele a gloria? —metí la cabeza en la olla.

Cuando lo pruebes no querrás irte, advertida quedas —bromeó Liam.

Y eso pasó. ¡Cielo santo cómo estaba aquello! No tenía parangón con nada de lo que hubiera probado hasta la fecha, pero claro también caí en que no recordaba ninguna comida. En cualquier caso, lo dicho, para chuparse los dedos.

¿Qué es? —le pregunté a Patty.

Se llama *Haggis*, ¿te gusta? —me preguntó en el más amoroso de los tonos.

¿Bromeas? No me como hasta el plato de milagro.

Mi niña Bella, me encanta ver que vas recobrando el apetito —rio Patty.

Eso parece, espero que no se me vaya todo al... —me señalé el culo y fui consciente de que me encontraba mucho más cómoda por momentos con ellos, hasta el punto de bromear sin pudor, aunque algo me ruboricé.

Nada de eso, estás estupenda y además necesitas comer bastante para reponerte, no lo dudes, ¿vale?

Vale, vale, a mí dame de comer así y ya verás que no me quejo —reí.

Reparé en que Liam no paraba de mirarme y me sonrojé. Molaba mucho ese hombre. Y de nuevo aquella extraña sensación que me hizo sentir regular, ¿tendría yo pareja y estaba allí fijándome en el *highlander* en cuya casa me hospedaba?

De locos, la situación era de locos, pero debía optar por aquello de ponerle al mal tiempo, buena

cara...

¿Sabes? —me preguntó Liam—el que estamos comiendo es el plato nacional de Escocia y está hecho con carne de oveja, concretamente con hígado, corazón y pulmones.

Podría haber vivido sin saber ese último dato, pero vale, lo acepto porque es un auténtico deleite para el paladar —contemplé el plato.

Por si aquello fuera poco, Patty nos agasajó con una tarta de tres chocolates como postre, que puso el broche de oro a un almuerzo que parecía el convite de una boda. ¡Anda que no me cuidaban bien!

Ahora deberías echarte un rato, mi niña —me señaló la dirección de mi dormitorio.

Creo que tienes razón, pero antes debes dejarme que te ayude a recoger.

De ninguna manera, eso no te lo has creído ni tú.

Por favor —imploré —Me siento como un parásito a mesa puesta, con hospedaje gratis y sin contribuir en nada.

Patty y Liam se echaron a reír. Bueno, mejor saber que les caía así de bien.

Cuando estés más fuerte, si quieres distraerte un poquito, me puedes ayudar en la cocina, mientras te vas a encontrar con un “NO” como un castillo —soltó Patty sin vacilar.

Creo que no hay nada más que añadir —Liam lo tenía igual de claro.

Sois el colmo de la amabilidad —me levanté y me limité a quitar mi plato.

Me metí en la cama e hice un repaso mental del día, un día en el que sin duda había dado el primer paso adelante para recobrar mi identidad, lo que tanto ansiaba.

A mi mente afloró el gesto convincente del inspector. Nuevamente parecía haber caído en buenas manos, pues parecía totalmente sincero. Esperaba que llevara a cabo las pesquisas suficientes para que pronto supiera cómo me llamaba, qué menos...

Me desperté y comprobé a través del ventanal que la tarde invitaba a salir. Me acerqué por la cocina y Patty me sirvió un café. Cuando le estaba dando el segundo sorbo apareció Liam reclamando también su dosis de cafeína.

¿Te apetece que te enseñe algo más de las tierras? —se interesó.

Por supuesto, lo que quieras...

Puedo llevarte a los establos y presentarte a Guerrero, es mi caballo favorito.

¿Montas a caballo?

Claro, ¿y tú? —enseguida reparó en lo dicho y se disculpó. Lo noté un poco azorado, claro debía sentir que había metido la pata porque yo no tenía ni pajolera idea de si montaba o no, pero no había que darle importancia.

Ni idea, pero no te preocupes. Podremos ir comprobándolo —esboqué una sonrisa que él correspondió.

Esa es la actitud, Bella.

El caso es que pude notar que me resultaba encantadora la idea de ir a visitar los establos, probablemente los animales me gustaran. Fantaseé con el hecho de que pudiera ser veterinaria...

Nos tomamos el café y salimos en dirección a los establos, que estaban bastante apartados de la casa. Me fascinó comprobar lo bien cuidados que estaban los caballos, otro gesto que me hacía pensar que Liam era una persona de fiar y ya debían ser un millón.

Guerrero era un caballo bello donde los hubiera, ese sí que merecía el título que me habían dado a mí, un robusto y amigable animal, que denotaba la misma nobleza que su amo. Me lo pasé fenomenal acariciándolo, así como al resto de sus compañeros.

Tuve suerte y Liam me dejó ayudarlo a darles de comer y a cepillarlos. Me sentí útil y me gustó mucho compartir aquellos momentos con él. Yo debía ser un culillo inquieto en mi vida cotidiana, porque no podía estar parada, pese a lo particular de mis circunstancias.

Pasamos en los establos buena parte de la tarde. La vida en aquella casa era muy activa, con aquel trasiego de trabajadores que paraba a media tarde, para dar lugar a un precioso y tranquilo atardecer.

Al final del día me sentía de nuevo un poco cansada, realmente lo que me hubiera llevado a aquella situación debía haber sido algo traumático pues, aunque ya me encontraba mejor, en los primeros momentos sentía como si me hubieran dado con un bate de beisbol por todo el cuerpo, ¡vaya tela!

Al acostarme, cerré los ojos y pensé que sería estupendo que el inspector nos llamara pronto y nos diera una buena nueva que yo recibiría con los brazos abiertos. En aquella casa me sentía realmente bien, pero rezaba porque mi estancia en ella no estuviera suponiendo dolor para algún ser querido que ignorara mi paradero.

Capítulo 3

¡Bella, cuidado! —fue lo único que escuché antes de notar aquel fornido cuerpo sobre mí. ¿Liam me acababa de tumbar al suelo y estaba asfixiándome? Pues sí, eso era justo lo que había pasado.

Pronto entendí la razón y me estremecí. Guerrero pasó por mi lado a la velocidad del rayo. Si Liam no me hubiera apartado y protegido aun a costa de poner en riesgo su propia integridad física, quién sabe lo que podía haberme ocurrido.

El caso es que yo me había despertado y, antes incluso de pasar por la cocina, había salido de la casa. Me apetecía respirar el primer aire libre de la mañana, pero lo mismo debía haberle parecido a Guerrero que, aprovechando un descuido del mozo que los cuidaba, había salido al galope del establo y justo venía en mi dirección.

Gracias —musité totalmente asustada, mientras seguía notando su cuerpo pegado al mío. ¡Qué sensación tan particular!

¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? Perdona, es que me he asustado muchísimo cuando me he dado cuenta de que te cruzabas en su camino. Guerrero tiene una fuerza bestial y podía haberte atropellado.

¿Te imaginas? Un segundo accidente en pocos días, lo mío iba a terminar siendo de record *guinness* —bromeé para quitar hierro al asunto.

Sí, lo único que al final no te ha atropellado él y lo he hecho yo.

¿Sabes? Ahora se llevan mucho las novelas de las Tierras Altas, podríamos haber protagonizada una que se titulara “Atropellada por el *highlander*”.

Río por mi ocurrencia mientras se incorporaba y me ayudaba a hacer lo propio.

Observo que tienes mucho sentido del humor. Eso me gusta.

Sí, me estoy dando cuenta de que soy un poco graciosa —reí.

¿Has desayunado? —era de lo más considerado conmigo.

No, pero no sé si me han quitado las ganas...

De eso nada. Tienes que ponerte fuerte, vamos.

Entró conmigo en la cocina y Patty se rio al comprobar que mi pelo estaba lleno de hojas de árboles.

¿Y eso? —su cara reflejaba curiosidad.

Me asomé a un espejo y vi a qué se refería. Tenía aspecto de hada, con aquellas hojas en mi melena. Un hada, Bella... aquello empezaba a parecer de cuento... Y si a eso sumábamos el hecho de que ocurriera en el más idílico de los escenarios, en plenas Highlands escocesas, encajaba más aún.

Estábamos desayunando cuando sonó el teléfono. Por fin. Era el inspector y nos indicaba que fuéramos a comisaría, pues ya habían dado con mi identidad.

Me emocioné tanto que las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas.

Partimos enseguida —me informó Liam también con un nudo en la garganta.

¡Qué noticia tan fantástica! —me abrazó Patty —Voy a acercarte más ropa de mi hija para que podáis partir ya.

Me vestí literalmente volando y fui al encuentro de Liam, que ya me esperaba montado en el coche.

Por el camino yo no podía parar de hablar, charlaba hasta por los codos, estaba hecha un auténtico manojo de nervios. No en vano, la información que iban a proporcionarme iba a cambiar definitivamente mi vida.

Llegamos a comisaría y suerte que había aparcamiento en las inmediaciones, dado que yo hasta temblaba. Fue el propio inspector Alastair el que nos recibió.

Buenas noticias, Diana —me dio la mano.

¿Diana? ¿Así me llamo? —mis piernas temblaron hasta el punto de que Liam, que se percató, tuvo que sostenerme.

Así te llamas. Diana Glenn y eres de Londres. No puedo proporcionarte demasiada información, pues lo ideal es que os acerquéis allí y te den todos los datos, así como tu documentación. Yo ahora tengo que irme, me alegro enormemente si te he servido de utilidad.

¡No sabe cuánto! Estoy realmente impactada.

Os pido disculpas, pero acaba de ocurrir un percance. Debéis ir a la mayor brevedad a Londres, en las dependencias de la comisaría principal os atenderán.

Nos despedimos de él, no sin antes darle una y mil veces las gracias y comprobé con sorpresa y alegría cómo Liam me daba un fuerte abrazo, ¡lo habíamos conseguido! Éramos un gran equipo.

Quedamos en que iríamos a Londres a primera hora del día siguiente. Yo ya contaba las horas, era realmente emocionante ¿Qué me encontraría allí?

Si hablé en el camino de ida, no digamos ya en el de vuelta. Liam también era muy comunicativo, pero en aquellos momentos notaba que le gustaba más escucharme que hablar.

Llegué y puse a Patty al corriente de todo.

¡Me llamo Diana, Patty! Me llamo Diana...

¿En serio me lo dices? Vale, pero que sepas que para nosotros siempre serás Diana “la bella” —rio a mandíbula batiente, mientras me felicitaba.

¿Diana “la bella”?

Claro, pues no hay otra mujer más bella por estos lares —apuntilló Liam en un gesto que sacó mi sonrisa.

Realmente no podía estar más nerviosa.

¿Qué vamos a comer hoy, Patty? —tamborileé mis uñas sobre la encimera.

Urogallo, suave y jugoso, mi niña —destapó la cacerola y se esparció por el ambiente el más delicioso de los olores.

¡Dios! Eso huele que alimenta. Voy a echar mucho de menos tus guisos —la abracé.

Pero vas a venir a vernos a menudo y te cocinaré siempre lo que te guste, Diana “la bella” —me apretaba como yo a ella.

Frente a nosotras, un Liam que se notaba tan feliz por la noticia como me daba la sensación de que un poco tristón por la cercanía del momento en el que nuestras vidas volvieran a separarse. Yo tampoco podía evitar sentir lo mismo.

Después de almorzar me eché la preceptiva siesta y cierto que me costó conciliar el sueño. Mi nombre retumbaba una y otra vez en mi cabeza. Diana, me llamaba Diana, ¿me sonaba de algo? Mentalmente, quise poner ese nombre en la voz de una amorosa madre que me llamara así por la ventana de nuestro hogar cuando de pequeña saliera a jugar a la calle.

Meras conjeturas porque mi cabeza no me regalaba ni un solo recuerdo. No podía ser una sensación más extraña.

Cuando desperté Liam me preguntó si quería ver algo verdaderamente impactante.

Define mejor lo de impactante porque no estoy para enigmas. Si has decidido arrollarme nuevamente en el exterior, avísame para que esté prevenida —reí.

La realidad es que aquella mañana se la había jugado por protegerme y eso era algo que yo no podía olvidar. Me había resultado de lo más varonil y seductor, ains ¿qué tendrían los *highlanders* que tanto nos atraía a las mujeres?

No, no tiene nada que ver con eso. Es que tengo una yegua, Racial, que va a dar a luz y he pensado que igual te gustaría presenciar la llegada al mundo del potrillo —de nuevo esa sonrisa.

¿Me lo dices en serio? Claro que quiero, ¡vaya oportunidad! Según enfilamos para los establos pensé que iba a vivir algo que no olvidaría jamás. Bueno en mi caso lo de olvidar se las traía, pero esperaba al menos recordar todo lo que viviera a partir de entonces.

La yegua se portó como una campeona y el espectáculo, al que asistí como mera espectadora, fue poco menos que maravilloso. Al potrillo le habían preparado una confortable y limpia cama de paja en la que llegó al mundo.

Sentí ganas de aplaudir y, cuando nos retiramos, le di las gracias a Liam por haberme permitido compartir esa experiencia con él.

No es nada, mujer, solo que la familia crece —bromeó.

Bueno si contamos con los trabajadores, animales y demás, tienes la familia más numerosa del mundo —concluí.

Y contigo, que ya también formas parte de ella —sonó a máxima sinceridad.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Cierto que cada vez me sentía más cerca de aquellas personas y de su bonito y rural mundo, ¿cuál sería el mío? Obvio que en mi Londres natal era más que posible que fuera muy distinto, aunque esperaba que me gustara igualmente.

¿De verdad? Mucho lo dudaba, todos sabían que las Highlands son ese lugar místico y mágico en el que la fiesta y la hospitalidad conviven con la leyenda. Unas tierras donde la accidentada geografía acoge a una gente que se da en estado puro.

La suma de tentaciones de las Tierras Altas es infinita, da igual que sean lagos, pequeños puertos, destilerías o castillos, la más emblemática de las regiones de la rebelde Escocia se me antojaba como un regalo para los sentidos.

Cuando por fin estuve entre mis sábanas, comprobé que me iba a costar más de lo que pensaba que

el sueño me rindiera. Mi expectación era máxima, ¿qué descubriría el día siguiente en Londres?

Capítulo 4

Imposible desayunar aquella mañana en la que los nervios se habían apoderado de mí. Por más que insistieran Patty y Liam tuve que rehusar su ofrecimiento, tenía un nudo en la garganta que ni el agua dejaba pasar. ¡Era muy fuerte!

Por el camino comprobé que todo lo bueno que decían de los paisajes de las Highlands era cierto, ¡y todavía se quedaban cortos! Pueblos envueltos en la niebla que daba igual que se abrazaran a un fiordo, que actuaran de simple vigía de un infinito páramo de las Tierras Altas o que fueran centinelas de un puerto...

Cada uno de los paisajes por los que íbamos pasando se iban atesorando en mi mente, distrayéndola de lo que tanto me machacaba: descubrir por fin quién era, más allá de un nombre. En cuestión de unas horas tendría en mi mano toda la documentación que me hablara de mi vida, una vida que yo no recordaba, pero que me pertenecía.

Notaba que Liam estaba igualmente emocionado. De vez en cuando me miraba y sonreía. Me sentía muy bien a su lado y por lo visto era algo mutuo. Esperaba que no pasara demasiado tiempo antes de volver a verlo tras nuestra despedida, que con toda probabilidad se produciría ese mismo día, cerrando el más surrealista de los ciclos de mi vida.

Fueron varias horas de viaje en las que paramos para almorzar y para estirar un poco las piernas. Por fin llegamos a Londres al comienzo de la tarde.

Entramos en comisaría y allí ya estaban al tanto de quién era ella yo. El inspector Alastair había realizado una labor encomiable y nos estaban esperando.

¿Diana Glenn? —me estrechó la mano aquel otro inspector, un señor mayor con gesto serio, pero amable, que sería quien me diera las pistas para recobrar mi vida.

La misma o eso dicen —bromeé.

Liam se presentó también y el inspector nos hizo pasar a su despacho, donde nos dio información relativa a mi domicilio.

No puedo proporcionarte ninguna información adicional, solo decirte que no constas en los archivos policiales, es decir, que debes ser una buena chica que nunca se metió en líos.

Eso me tranquiliza —bromeé —Si me va a decir que tengo una condena pendiente, déjelo y me vuelvo a las Tierras Altas.

No, créame que no tiene usted cara de delincuente —me sonrió —la tiene de buena persona y además ha tenido la suerte de que la han cuidado muy bien —miró a Liam quien asintió con la cabeza.

No lo sabe usted bien —yo estaba muy emocionada. Aquello me estaba superando —
¿Podré llevarme hoy mi documentación?

Por supuesto, no debe ir indocumentada en ningún momento. Daré orden ahora mismo de que se la preparen.

Y así fue como en cuestión de treinta minutos tuve en mi mano mi documento de identidad, que acreditaba que era Diana Gless. Vivía en Notting Hill, ahí es nada.

Después de dar las gracias a todos los que nos echaron un cable volvimos al coche y Liam me abrazó, ¡poníamos rumbo a mi casa! No pude evitar que las lágrimas resbalaran nuevamente por mis mejillas. Permanecimos así durante un minuto.

El coche arrancó y nos dirigimos al icónico barrio londinense de las bonitas casas de colores ninguna de las cuales, por desgracia, me resultó familiar al avistarlas. Cuando llegamos a la mía, según constaba en la documentación, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Cerré los ojos e intenté recordar. En aquella bonita puerta, era como si algún recuerdo quisiera hacer acto de presencia en mi memoria, pero no terminaba de lograrlo, ¡qué rabia! Lógicamente no podía entrar porque no disponía de la llave. Llamé muy nerviosa, ¿me esperaría alguien dentro?

Nadie abrió. Casi que lo agradecía. Me hubiera resultado de lo más violento enfrentarme a algún ser querido al que ni siquiera hubiera reconocido, pero no fue el caso.

Se me ocurrió tocar el timbre de la casa contigua. Esperaba que hubiera algún vecino que pudiera

darme norte de mis familiares. Y sí, ahí sí tuve suerte. Una mujer alta y delgada, rubia y con aspecto impecable me abrió la puerta. Debía tener unos cincuenta y cinco años.

¿¿¿Diana??? —me abrazó.

¿Me conoces? —murmuré y la dejé perpleja.

¿Cómo no iba a conocerte? Te conozco desde que no levantabas un palmo del sueño, cariño —su gesto indicaba que no entendía ni una palabra de lo que estaba pasando.

¿Podemos entrar, por favor? —preguntó Liam, viendo que mi emoción iba en aumento. Estaba a punto de caerme al suelo.

¿Y usted es? —contestó ella con otra pregunta.

Es Liam, la persona que me ayudó tras lo que creemos que fue un accidente y me dejó sin memoria.

Cariño —me estrechó la mujer entre sus brazos —Entonces, ¿no te acuerdas de mí?

Me temo que no, lo siento muchísimo —lloré amargamente buscando refugio en sus brazos.

Mi nombre es Aurore y he sido vecina de tus padres toda la vida —me consoló.

¿De mis padres? —mi rostro debió transformarse al escuchar aquellas palabras mágicas.

Sí, de tus fallecidos padres, lo siento.

¿Fallecidos? ¿En serio? ¿No tengo padres? —mi confusión iba en aumento.

Pero criatura, ¿cómo puede ser? ¿En serio que no los recuerdas?

Ni un ápice —seguí llorando.

Tu madre se llamaba Charlize y tu padre Peter. No creo equivocarme si te digo que los recuerdo como unas de las mejores personas que haya conocido nunca. Ellos te adoraban,

Diana...

¿Qué pasó?

Murieron hace cinco años en un terrible accidente de tráfico del que fuiste la única superviviente, Os acompañaba tu abuela materna, Daphne, que también perdió la vida, como te digo.

¡Cielos! ¡Qué tragedia!

Sí, Diana. Fue un mazazo terrible para ti. Yo también lo sentí mucho. Por aquel entonces tú eras muy joven y muchos días venías a almorzar o a cenar aquí a mi casa, después de salir de la Facultad.

¿De la Facultad?

Sí, cariño, de la Facultad de Enfermería, eres enfermera y muy buena. Amas tu trabajo...

¿Enfermera?

Realmente, me estaba costando muchísimo digerir tantísima información en tan solo unos minutos. Unos padres fallecidos que me dejaban sin familia, una profesión que por lo visto me entusiasmaba...

¿Tengo hermanos? —pregunté en un intento de pensar que no todo estaba perdido por esa parte.

Mucho me temo que no, mi niña. Eres hija única. Tu madre siempre quiso darte un hermano. Ya te digo que somos vecinos de toda la vida, yo te vi nacer hace ya años. El caso es que no pudo tener más hijos, quedaste como hija única.

Sí, he visto en mi documentación que tengo veintiséis años y vaya, pensaba que al menos tendría algún hermano.

No, cielo, no tienes. Y sí, veintiséis son tus años, uno más que mi hija Elina. Siempre os habéis llevado bien, aunque tu mejor amiga, desde niña se llama Candy.

¿Candy? —me quiere sonar ese nombre, pero no...

Caótico, me estaba resultando caótico...

Sí, Candy, estudió la carrera contigo. Trabajáis juntas en el mismo hospital en el que recientemente pediste unos meses de excedencia para hacer un viaje por Europa.

¿Un viaje por Europa?

Sí, cariño, siempre decías que era tu sueño. Y querías empezar por Escocia, concretamente por las Tierras Altas, de las que eres una apasionada...

Sí, allí me encontraron, allí me pasó lo que fuera que me dejó en esta situación.

Pues sí, supe que llegaste bien porque tú quedaste en llamarme y durante las primeras semanas de tu viaje lo hiciste. Después me preocupé porque hace ya varios días dejé de tener noticias tuyas y no cogías el móvil.

Entiendo, no encontraron ningún móvil conmigo...

Debiste perderlo, indicaba todo el tiempo que estaba apagado.

Claro, ¿Sabes algo de mi amiga Candy?

No, ni siquiera sé su apellido.

Vale, ya intentaré localizarla por otros medios. Oye me preguntaba una cosa, ¿tú no tendrás una llave de mi casa? Es que no puedo entrar, estoy con lo puesto, ni ropa tengo.

Pero ¿te refieres a tu casa de toda la vida? —la señaló por la ventana.

Claro, ¿a cuál iba a referirme?

Es que verás, justo antes de irte, vendiste tu casa. No sé dónde están tus cosas, si en un guardamuebles o en casa de alguna amiga, no tengo idea...

¿La vendí? ¿Vendí mi casa de toda la vida?

Sí, lo hiciste.

Pero ¿tenía problemas económicos?

No y de hecho percibiste una buena suma por ella. Piensa que ya heredaste esa vivienda libre de cargas. Tú no has conocido problemas económicos.

Entiendo, eso quiere decir que en algún banco debe estar mi dinero.

Sí, ahí sí puedo serte útil. Está en la misma sucursal en la que tu padre fue director en su día. Eso sí que lo sé, ten presente que siempre mantuviste la vinculación con esa oficina.

¿Podrías apuntarme la dirección?

Por supuesto, me alegra mucho poder ayudarte.

Y una cosa más, ¿podrías decirme si tengo pareja?

No, no tienes —me besó la mano.

Miré a Liam y su sonrisa me tranquilizó. La conversación con Aurore no estaba teniendo desperdicio. Era tanta la información que yo estaba recibiendo que ni siquiera podía tener las piernas quietas. Pareciera que tuviera el baile de San Vito.

En un momento dado Aurore nos ofreció cenar con ella. Aunque no pudiera reconocer aquellas paredes, algo me decía que, si no estaba en casa, casi. Con aquella mujer me ocurría como con Liam y Patty, me parecía cien por cien confiable, pero con la particularidad de que ella podía arrojar mucha luz sobre mi pasado.

Miré a Liam y asintió, para él todo estaba bien. Permanecer unas horas más con ella quizás podría ayudarme a recordar algo, me pareció una opción formidable.

Entre el viaje y la visita a la comisaría había transcurrido buena parte del día.

¿Dónde os quedaréis esta noche? Podéis hacerlo aquí en mi casa —nos preguntó.

No, de veras que te lo agradecemos enormemente Aurore, pero prefiero ir pensando en otras alternativas —no quería importunar.

Mi cabeza era un hervidero en ese momento. De repente me había encontrado con el hecho de que no tenía ni casa donde volver ni familia que me esperara.

Bueno, si no aceptáis mi ofrecimiento, al menos podemos llamar a mi prima Erin, trabaja en un hotel cercano, puedo hablar con ella para que os reserve una habitación.

Aquello ya tenía otro color. A ver, en algún lugar nos tendríamos que hospedar aquella noche. Puestas las cosas así, yo tendría que ir a buscar mi banco al día siguiente y era demasiado tarde para que Liam emprendiera un camino de vuelta de tantas horas.

Hizo la llamada, cenamos con ella mientras nos contaba una y mil cosas de mi niñez y juventud y después nos despedimos. Grabamos su teléfono en el de Liam y le prometí pasarle el mío en cuanto lo tuviera. Nos despedimos muy agradecidos y nos marchamos para el hotel.

¿Cómo estás? ¿Demasiada información junta? —me abrazó desde atrás mientras comenzamos a andar en dirección al hotel.

Demasiada y además complicada de digerir, lo entiendes, ¿verdad? —me eché a llorar.

No te pongas así, preciosa —borró las lágrimas de mi cara con sus robustos dedos.

Es que me siento muy... —volví a echarme a llorar.

¿Cómo?

Muy sola y perdida —exploté y lo abracé.

Entiendo que tu situación es sumamente confusa, pero no te sientas sola. Me tienes a mí y a Patty también. Yo no te voy a dejar...

Pero tú tienes que volver a tu casa, a tu trabajo, a tu vida...

Yo no tengo prisa por retomar nada. Mi vida está totalmente en orden. Ahora es la tuya la que está patas arriba, pero eso lo vamos a solucionar.

¿De veras me lo dices? ¿Crees que esto tiene solución?

No solo lo creo, sino que estoy seguro de que la vamos a encontrar —seguimos andando.

En la puerta del hotel me ofreció hospedarnos en habitaciones distintas, pero el caso es que yo ya me sentía bastante sola, de modo que...

¿No te importa si compartimos habitación? No me malinterpretes, pero es que prefiero estar acompañada —imploré con la mirada.

No solo no me importa, sino que lo prefiero —me sonrió —Tampoco me malinterpretes, pero no quiero dejarte sola en estas circunstancias.

Así las cosas, pedimos una habitación doble. No les quedaban con camas separadas. Liam me miró y yo hice un gesto de que no me importaba. Subimos y nos duchamos por turnos. Salí con una camiseta de repuesto que llevaba, lo suficientemente larga como para taparme hasta las rodillas.

Liam apareció con una camiseta de algodón y pantalones deportivos cortos. También había echado algo de ropa de repuesto por lo que pudiera pasar.

Me abrazó y al apartarme de él, mi brazo quedó enganchado en su camiseta. Al desengancharme, se le subió un poco y pude ver un torso que parecía haber sido labrado con cincel y martillo, una auténtica maravilla que tenía tatuado un escorpión.

¿Estás bien? —me acarició la cabeza en ese momento.

Todo lo bien que se puede estar cuando sientes que no tienes ningún control sobre tu vida —eso era lo único que podía pensar. Al menos, eso sí, la vista era de lujo.

Nos metimos en la cama. La situación era muy rara. Cierto que yo me hubiera abrazado a él y

pienso que Liam también tenía ganas de hacer lo propio, pero ninguno dio el paso. Eso sí, nuestros cuerpos estaban prácticamente pegados el uno al otro y yo casi podía acompañar mi respiración con la suya.

Por primera vez en varios días sentía dos cosas: una que por fin sabía quién era y de dónde venía. La otra que tener a Liam en la misma cama en la que yo estaba me hacía sentir no solo cómoda sino extremadamente protegida. Sin duda que su compañía era lo mejor que me podía pasar en un momento tan complicado para mí.

Capítulo 5

Me desperté de mejor humor. Y es que abrir los ojos y ver a Liam junto a mí suponía un bálsamo perfecto. Nunca lo había tenido tan cerca y dormido, claro. Me generó curiosidad y me detuve en fijarme en cada uno de sus rasgos. Parecían haber sido trazados concienzudamente. Era realmente guapo.

Se despertó y me dio la risa.

Bonita música para despertar —me dijo, dándome un abrazo. ¿De qué te ríes?

Nada, es simplemente que me has asustado. No esperaba que abrieras los ojos así de pronto.

Espero no haberte asustado por feo.

Ni mucho menos —lo solté con tal contundencia que de nuevo me dio la risa.

Espero tampoco haberme movido demasiado, ni acercado más de la cuenta, ni nada de lo que pueda hacerse cuando uno no tiene el control de la situación.

No, si es eso lo que te preocupa, no me has violado ni nada por el estilo. Mi virginidad está a salvo —bromeé y me sorprendí a mí misma al hacerlo.

¿Tu virginidad? —me miró extrañado.

A ver, puedo fantasear con lo que quiera, porque como no recuerdo nada de nada, ni siquiera sé si soy virgen o no, pero vaya, que pudiera serlo...—ahí quedaba eso.

Se quedó como pensativo, aunque por su gesto no demasiado convencido. Yo tampoco lo estaba, la verdad sea dicha, pero aquella situación me permitía decir lo que se me pasara por la cabeza, porque no tenía ni idea de la verdad.

Bueno, en cualquier caso, yo no tengo nada que ver con eso, ni para bien, ni para mal —

bromeó.

Desgraciadamente no —le guiñé el ojo y noté que se quedó totalmente a cuadros. Lo había cogido de improviso con mi broma y no sabía ni cómo reaccionar.

Desde luego, a mí que me registren —rio, levantando las manos en señal de que era inocente.

El caso es que yo no sabía si sería o no inocente, pero que sus gestos llamaban cada vez más mi atención y que no me apetecía en absoluto separarme de él, eso podía darlo por seguro.

Nos levantamos y nos fuimos a desayunar. Lo hicimos en una preciosa terraza del barrio de Notting Hill en la que había mucho tránsito y desde la que se divisaba el trasiego de su mercadillo, que decían que era de lo más típico, ¿cuántas veces lo habría recorrido yo?

De allí nos fuimos para el banco. Pedí hablar con quien fuera mi gestor y no tardaron en avisarlo. Salió y le explicamos la situación.

Yo no llevo demasiado tiempo trabajando aquí pero sí la recuerdo. Usted ingresó en su cuenta una considerable suma de dinero el mes pasado.

¿Sí? ¿Y podría decirme exactamente de qué cantidad estamos hablando?

Claro, déjeme su documentación por favor.

Nos invitó a tomar asiento y Liam hizo por quedarse aparte, como dándome a entender que mis finanzas eran una cuestión mía.

No, por favor, acércate, no tengo nada que ocultar. Bueno, a decir verdad, no sé ni lo que tengo. Esto es de chiste —me llevé las manos a la cabeza.

Pues tiene exactamente una suma que asciende a quinientas mil libras esterlinas —contestó mi gestor.

¿Está usted seguro?

Totalmente y tutéame, por favor, me llamo Charles —era un chico de unos treinta años.

Vale, tú igual, así estaremos más cómodos. Ahora, Charles, quiero que me hagas un favor —sonrei.

Dime, Diana.

Coge aire y vuelve a mirar esa pantallita. Si tengo esa cantidad, voy a alucinar.

Pues no hace falta que coja aire. La tienes —la giró para que yo misma pudiera verla.

¡Guauuu! —solté en alto dando unas palmadas que causaron las risas de ambos.

Entiendo tu alegría —decía el chico mientras Liam puso cariñosamente la mano en mi hombro. Se notaba que se alegraba de verme contenta.

Vale, Charles. En ese caso necesitaré una tarjeta y llevarme una suma en efectivo.

Lo que quieras. Necesito una dirección para enviarte la tarjeta.

¿Vale la de un hotel?

Me temo que no, necesitaría la de un domicilio.

Puedes poner el mío —Liam lo dijo con total parsimonia.

¿El tuyo? Pero si está en el quinto pino, en las Tierras Altas y no solo altas, sino alejadas —bromeé.

Sí, pero será donde estés cuando llegue el cartero.

Lo miré con curiosidad, ¡lo estaba diciendo en serio! La cuestión fue que Charles tomó la dirección de Liam, me preparó una suma en metálico y nos despedimos.

A ver, ¿qué es eso de que envíen la tarjeta a tu casa? —me planté delante de Liam con los brazos en jarra una vez en la calle.

Muy sencillo, ¿se te ocurre algún sitio mejor al que pueda llegar?

Pero no entiendo —murmuré.

Es muy sencillo, quiero que te vengas conmigo de vuelta hasta que recuperes la memoria. Puedo esperar el tiempo que necesites aquí, quizás tengas que hacer gestiones... Se me ocurre que nos acerquemos mañana a tu centro de salud a pedir tu historial médico por si hay alguna información tuya que debamos conocer.

Eso está muy bien, pero por Dios, Liam... Yo no quiero representar ningún estorbo para ti, tú tienes tu vida, tienes que ocuparte de tus cosas...

¿Y en qué parte de eso está escrito que tú no puedas estar en mi casa?

Me da mucha pena, de verdad... Incluso podemos buscar una solución intermedia. Es cierto que yo no tengo a nadie, por lo visto, y que me gustaría estar cerca de ti y de Patty, pero también puedo alquilar algo en las inmediaciones de tu casa.

¿Y gastar el dinero tontamente? —frunció el ceño.

¿Será por dinero? —reí —Madre mía la sorpresa que me he encontrado en el banco.

Aun así, insisto. Quiero que vuelvas conmigo. Considérate parte de mi familia y otra cosa te voy a decir: no pienso admitir un no por respuesta.

¿Sí? Pues tú lo has querido. Vas a tener que aguantarme —advertido quedas. Te lo has buscado tú solito. Al final querrás echarme y no podrás —reí.

Déjame que lo dude mucho.

Las cosas marchaban mejor. Aunque todo seguía siendo un sinsentido para mí, al menos sentía la calma de que nadie me buscaba y de que podía hacer de mi capa un sayo. La realidad era que, por mucho apuro que me diera, me aliviaba enormemente volver con Liam a las Highlands, a esas enigmáticas tierras.

Bueno, pues entonces te voy a decir una cosa. Estoy harta ya de ir por el mundo vistiendo de prestado. Esto se va a acabar, yo me voy a poner divina de la muerte, pero ya.

Diana “la bella”, ¿eres tú? —hizo una especie de toc toc en mi cabecita.

Soy yo y sigo sin acordarme de nada, pero me están dando unas ganas de ir a quemar tarjeta que no te las imaginas y eso solo puede significar que me gusta más un trapito que a un tonto un globo, así que te propongo ir ahora a buscar ahora mi historial médico y dedicar el día de mañana a las compras.

Hecho.

Investigamos sobre cuál era mi centro de salud y pusimos allí los pies. Nos atendió quien dijo ser mi médico de cabecera. Yo ni idea, no me sonaba de nada. Lo mejor fue que me dijo que yo estaba sana como una pera, así que una preocupación menos.

Entre unas gestiones y otras se nos hizo la hora del almuerzo, de modo que ese día tiramos de comida basura, porque a mí me apetecía mucho y Liam no parecía poner objeción a nada, ¡así daba gusto!

Durante el almuerzo estuvimos bromeando. Me contó el susto que le di cuando me encontró lacia y sin conocimiento, camino a sus tierras.

Yo creo que eso lo hice por llamar tu atención —me salió del alma.

¿Sí? Pues para eso podías haberme silbado y yo hubiera acudido, no hacía falta tanta parafernalia —rio.

Ah no, de eso nada, que yo quería el numerito completo, que me llevaras a tu casa, me cuidaras y todo.

¿Tengo yo cara de enfermero? —señaló su bonito rostro.

Pues no, pero yo tampoco me la veía y por lo visto lo soy, ¡esto es la bomba!

Con mi título, dinero en el banco y buena compañía... No iba a decir que mi situación fuera una

bicoca, pero ¡podía ser bastante peor! Ahora ya solo faltaba ponerme manos a la obra e indagar más sobre mi pasado.

¡Necesito un móvil! —exclamé mientras me tomaba un helado de postre que no se lo saltaba un galgo.

Eras demasiado perfecta —rio —Ahora ya te compras un móvil y te olvidas de mí —se llevó las manos al pecho como si le doliera.

¿Eso es cachondeo? Ya sería de lo único que me faltara olvidarme...

Pues también tienes razón, bonita. Ahora en serio, ¿qué móvil quieres?

Pues uno de última generación, vamos porque estoy viendo el tuyo y parece un ladrillo —me salió una carcajada tremenda.

Gracias. Bueno, reconozco que no soy mucho de móviles, ni de redes, bueno ni de tecnología en general. Lo mío son más las actividades al aire libre.

¿Entonces no eres activo en las redes? —le busqué un poco la lengua.

En las redes precisamente, no —me respondió como diciendo que lo había pillado perfectamente.

Pasamos un rato divertidísimo en la hamburguesería y decidimos pasear por la tarde por el centro de Londres.

Estuvimos por la zona de Piccadilly Circus y allí nos hicimos con un móvil que puse a funcionar *ipso facto*. Más tarde estuvimos por la zona del Big Ben y del London Eye, donde Liam me sacó algunas bonitas fotos, una de las cuales seleccioné para poner de perfil en mi WhatsApp y también podría servirme para las redes.

Recorriendo Piccadilly Circus, Liam me decía que era una especie de Times Square pero en modo británico y razón no le faltaba. Lo pasamos sensacional entre cines, bares, restaurantes, tiendas, pubs, teatros...

Liam hacía todo lo posible y lo imposible por animarme y lo cierto es que lo conseguía. Insistí en que nos hiciéramos algún *selfie* y, aunque en principio se mostró reacio, al final le terminó cogiendo el gustillo.

¿Y decías que salías mal? Pero si estás estupendo —las miraba.

Pero eso es porque tú estás al lado —me sacó la lengua y me dieron ganas de darle un mordisco en ella.

Nos paramos en un escaparate donde vi nuestro reflejo y pensé que hacíamos una bonita pareja. Me reí internamente, ¡vaya locura! Para encontrar pareja estaba yo. Lo primero era buscarme a mí misma.

Pensándolo bien, era impresionante el contraste de aquel paseo con los que pudiéramos dar por las Tierras Altas, aunque si era sincera, me quedaba con los de allí, en plena naturaleza, en el lugar que vio nacer a Liam y al que tan ligado se sentía.

Nos sentamos a merendar en una pastelería en la que había unos dulces increíbles y además tenían wifi. Yo no podía con la curiosidad, así que sobre la marcha me abrí un perfil de WhatsApp para poder curiosear el mío propio, cuyas claves desconocía, igual que mis correos y demás.

¡Bingo! Por suerte yo no debía ser excesivamente celosa de mi intimidad y tenía muchas publicaciones públicas, por lo que no me costó nada dar con mi amiga Candy.

¡Aquí la tengo! Míranos, qué monas las dos de marcha —mi buen humor mejoraba por momentos.

¿A ver? Madre mía, pero si sois dos estrellas deslumbrantes —hizo como que se ponía las gafas de sol.

¡Hombre, claro! A ver si te crees que yo siempre he llevado estas pintas, de hecho, ya voy recordando algo —apreté los dientes y me hice la interesante.

¿Qué? —casi se le salen los ojos de las órbitas.

Que tengo un vestidor que es una gozada.

¿En serio? ¿Lo recuerdas?

Ni de coña, pero es obvio —me eché a reír con ganas y él conmigo.

La estancia en Londres nos estaba resultando de lo más emocionante. Yo estaba encantada con Liam y ahora ya solo faltaba que Candy entrara en contacto conmigo. Le pedí solicitud de amistad y le dejé un mensaje diciéndole que lo hiciera a la mayor brevedad por Facebook o en mi número de teléfono, que era urgente. Rezaba porque lo viera y contestara.

Me eché a reír mirando mi móvil en el que de momento tenía dos contactos, Liam y Aurore. Dicen que el que no se consuela es porque no quiere, de modo que sonreí.

Después de cenar volvimos al hotel. El siguiente sería el último día que pasaríamos en Londres, pero me emocionaba mucho volver con él a su casa, aunque como era lógico se trataba de una solución temporal hasta que yo rehiciera mi vida.

Nos metimos en la cama y la misma situación que la noche anterior, aunque nos pegamos todavía un poco más desde el principio. Eso sí, seguía faltando que uno de los dos diera el paso y abrazara al otro y yo no iba a ser, así que lo dejaba en manos de Liam.

Estuvimos bromeando hasta altas horas de la madrugada, contándonos anécdotas referentes a los últimos días. A media noche fue la bomba porque le di un susto de muerte. Por lo que decía Liam, debía estar soñando con Guerrero, su caballo, viniendo de nuevo hacía mí y al final con los nervios terminé dándole una patada al pobre.

¿Atentando contra mí con nocturnidad y alevosía? —preguntó.

No, no, con nocturnidad nada más, lo de la alevosía te lo has sacado tú de la manga—
carcajeé.

Pero no, de la manga no, que las que llevaba eran muy cortas y dejaban a la vista unos brazos que daban lugar a que mi imaginación volase...

Capítulo 6

Buenos días, preciosa, ¿soñando con cómo darme alguna otra patada o te vas a despertar?

Es que debe ser muy tempranito—me agarré a la almohada y casi la beso, de lo a gustito que estaba.

Sí, sí, la mar de tempranito. Las diez de la mañana del último día que vamos a permanecer en Londres, lo que viene a significar que, si no te das prisa, tus compras peligran.

¡Y un mojón! —con esa elegante frase me senté en la cama.

Ya sabía yo que mencionar lo de las compras era la fórmula mágica—rio.

A continuación, me dio un fuerte abrazo. Me quedé patidifusa, no podía imaginar un mejor regalo a esas horas. No era el primero que Liam me daba, pero sí en esas circunstancias. Yo notaba que las distancias se acortaban entre nosotros en ese momento y era una sensación que me encantaba. Si he de ser sincera, por quedarme así hubiera mandado hasta mis compras a la mierda, aunque jamás lo reconocería, claro.

Hoy me he levantado con mucha hambre—comentó.

Y yo—me faltó el tiempo para responder. Además, tenemos que reponer fuerzas porque va a ser un día muy duro el que nos espera—sonreí.

Sí, sí, tú lo dices de broma, pero yo lo veo más duro que si tuviera que labrar mis tierras enteras—se veía que las compras no eran precisamente lo suyo.

Pero ¿qué dices tonto? Si vas a estar en gloriado, además tenemos que comprar también alguna cosita para ti.

¿Para mí? Deja, deja, yo voy de compras una vez al año y hoy no toca...

Huy lo que ha dicho... De eso nada. Hoy sí te toca.

¿Y por qué?

Porque lo digo yo y si no, no voy a tu casa, vamos que tú solito te has metido en la boca del lobo. Te lo advertí ayer y no quisiste escucharme, así que ahora tienes que apechugar con las consecuencias.

Sus carcajadas retumbaron en toda la habitación. Lo que más me gustaba de ellas es que definían totalmente su personalidad. La risa de Liam era sonora y contundente, como él, transmitía total naturalidad. Y es que aquel *highlander* me estaba demostrando que era cualquier cosa, menos falso.

Cogí mi móvil con la esperanza de tener noticias de Candy, pero se ve que todavía no había visto mi mensaje. Por lo que observé el día anterior, ella debía ser menos activa en las redes que yo, así que habría que echarle un poco de paciencia.

Al salir nos dirigimos a desayunar a una terraza de Notting Hill, antes pasaríamos de nuevo por la puerta de mi casa. ¿Quién quitaba que al hacerlo me viniera a la mente algún recuerdo? Yo cada vez estaba más positiva y sabía que de un momento a otro tendría que empezar a volver esa memoria mía que se había tomado vacaciones.

Al pasar por la puerta no hubo suerte. No entramos a ver a Aurore porque ella nos había comentado que trabajaba por las mañanas así que directos a la terraza.

¿Preparado para un intenso día de compras? —ya lo estaba poniendo nervioso y la sensación me hacía mucha gracia.

¿Te gusta darme caña? —rio.

¿A mí? Para nada, para nada, además estoy pensando que tú tienes lo que hace falta para afrontarlo con dignidad.

A ver, dime—rio.

Pues muy simple. Tienes paciencia, eso ya lo has demostrado de sobra, y buenos brazos—le guiñé el ojo.

¿Buenos brazos?

Hombre claro, para llevar mis bolsas—aproveché para hacer el gesto de ver si los tenía fuertes y, ¡madre mía! Parecía que los tenía de acero y de una anchura que cada uno de ellos era como un muslo de los míos.

¿Suficientemente fuertes? —rio.

Sí, no están mal—reí, en un ataque de maldad, porque si hubiera dicho todo lo que se me pasó por la cabeza lo dejo allí sentado de culo.

¿Solo eso?

Solo eso. Piensa que yo, quizás, sea una persona recatada, vamos que ya sabes mi teoría, hasta puedo ser virgen, así que no me provoques—reí abiertamente y más con la cara de “señor dame paciencia” que él puso.

Y llegó el momento.... Comenzó el periplo de las compras.

Estoy pensando una cosa—dije.

A ver, miedo me da—otra vez esa sonrisa que me volvía majara.

Entonces hizo algo que sacó la mía y de oreja a oreja: me dio la mano y seguimos andando.

¿Qué decías? —se dio cuenta de que su gesto me había dejado sin palabras.

Pues pensaba—cogí aire porque aquello había molado mucho—que no tengo ni idea de cómo vestiría yo.

Pues yo creo que eso es muy sencillo. Lo que hoy veas que te gusta, ese será tu estilo. No es probable que te cambie el gusto, yo creo que eso es independiente de la memoria.

Es verdad, seguramente el gusto debe ser el mismo—mi risa se debió escuchar en todo el barrio.

¿De qué te ríes? —enarcó las cejas.

De nada, de nada.

Pero sí, me reía de pensar que el gusto no era probable que cambiase, porque seguramente a mí Liam me hubiera gustado igual de conocerlo en cualquier momento, ya hubiera sido allí o en Pekín.

Nos dirigimos a Oxford Street y ahí empezó el particular calvario de Liam, que no iba a ser tal porque yo ya estaba dándome cuenta de que era una payasa y que se lo iba a hacer pasar muy bien.

Empezamos a entrar en distintas tiendas pertenecientes a grandes cadenas. A ver, menos mal que llevaba un buen fajo de billetes porque yo tenía que hacerme con absolutamente de todo.

Piensa que en las Highlands siempre refresca—me advirtió.

Sí, sí.

Comencé por la ropa básica, tejanos, tanto largos como tipo short, y una legión de camisetas que también complementar con suéteres. Los elegí de distintos colores y modelos y, delante del espejo, me veía de lo más favorecida.

¿Estoy mona? —iba abriendo la cortina del probador cada vez que me probaba un conjunto.

Estás absolutamente ideal—se reía él y en sus palabras se notaba absoluta franqueza.

Total, para qué vamos a engañarnos, yo estaba deseando probarme modelitos y que me los viera aquel hombre al que estaba utilizando de percha viviente.

Tendrías que escoger algún tipo de chubasquero o paravientos...

¿Para el buen tiempo? —me salió la vena sarcástica.

En ese sentido, las Highlands son muy sorprendentes.

En ese y en todos—reí.

¿A qué te refieres? —se mostraba curioso, aunque seguro que lo había captado estupendamente.

A nada, a nada...—yo a lo mío, primero tiraba la piedra y luego escondía la mano.

Escogimos también un chubasquero y hasta un paraguas a juego. Si la lluvia quería venir a por nosotros, yo la recibiría de lo más conjuntada, eso estaba claro.

Después de lo básico tocaba ropa mona, así que me fui hacia un *stand* repleto de faldas cortas que me estaban llamando. Escogí varias, con cinturilla, sin ella, con botones delanteros, con volantes, monocolors, estampadas y hasta una de una tela que parecía ser ante e hizo mis delicias.

Me llevo todas estas—se las puse en el brazo y aproveché para darle otro pellizquito, comprobando que todo seguía en su sitio.

¿Solo estás? Yo de ti cogería algunas más...

Ah vale, pues tienes razón...

Mujer, que lo había dicho de broma, si llevamos media tienda...

Tarde, tú lo has querido—cogí algunas más.

¿Ahora sí?

De faldas listo, correcto, pero tenemos que buscar un top para conjuntar cada una.

¿Uno para cada una?

Tienes razón, son pocos. Mejor dos para cada una y así tengo más variedad.

Ya no abro más el pico—se puso los dedos en la sien e hizo como que se daba un tiro.

Anda, tonto... Si ahora nos queda lo mejor, nos vamos a los vestidos.

¿En serio?

Y tanto, que tendremos que salir por la noche, ¿o no me vas a enseñar los pubs de tu tierra?

Sí, sí, por supuesto.

Pues no voy a ir de cualquier manera. Oye, ¿es cierto que los chicos se siguen poniendo los *kilts* para ir a ellos?

Algunos sí.

Pues ya estamos tardando en ir, que estoy deseando verlos.

¿A los chicos? —pese a sonreír sonó celosillo y yo no cabía en mí de gozo.

A los *kilts*, a los *kilts*, no vaya a ser que te dé el arrebató y me dejes aquí con todas las bolsas.

¿Esa es toda tu preocupación? —abrió tanto la boca que creí que iba a caerse dentro.

Bueno—lo dejé en el aire y su cara expresaba que yo era una gamberrilla.

Para buscar vestidos nos dirigimos a otra tienda, que me pareció más selecta y ahí sí que fue estilo “*Pretty Woman*” total, porque tenían hasta el típico sofá, en el que él se sentó, rodeado de bolsas.

No te muevas que tienes ahí una foto estupenda.

¿Aquí? ¿Con las bolsas? Ni en broma, vamos...

Sí, sí, ni se te ocurra moverte.

Lo mejor fue que accedió, desde luego que era un auténtico amor, ¡cómo para no sentirme feliz a su lado!

Elegí distintos vestidos y cada vez que me ponía uno salía del probador y desfilaba delante de él, sacándole la risa. A la mayoría les daba el visto bueno, con un gesto que no dejaba lugar a la duda: le encantaba lo que veía y yo por momentos más ancha.

Aquella operación nos llevó varias horas, así que nos dirigimos, bastante tarde, por cierto, a almorzar. Ya teníamos un hambre impresionante, por lo que escogimos al galope un almuerzo copioso con el que cargar pilas.

Como colofón, nos comimos una porción de tarta de queso con arándanos a medias y estuvimos jugueteando con el último trozo, que los dos queríamos darle al otro. Al final ganó él que, casi a traición, me metió su cuchara en la boca y yo hice el gesto de quedarme bizca. Corrijo, podía parecer que ganó él, pero lo hice yo porque el mejor regalo fueron sus carcajadas cuando me vio así.

No creas que hemos terminado que nos queda mucha faena por delante—amenacé tan pronto nos levantamos.

¿Mucha? ¿Es broma?

Ninguna broma. Nos quedan calzado, complementos y otras cosillas... Por no hablar de tu ropa.

¿Eso último no nos lo podemos saltar?

No me busques la lengua, ¿eh?

Ordene y mande—decía, señalando las bolsas que ya llevaba.

Entramos en una tienda de calzado y complementos y elegí varios pares, zapatillas deportivas con las que recorrer las Highlands con total comodidad, pero también sandalias, manoleinas y zapatos de tacón, que me apasionaban. Igualmente me decanté por varios cinturones y bolsos.

Las bolsas iban en aumento y ya casi no veía a Liam detrás de ellas.

¿Liam? —bromeaba como si lo hubiera perdido de vista.

¿Cuánto nos falta?

Bueno, ahora tengo que ir allí—señalé al escaparate de una tienda de ropa interior.

Muy bien, vamos—eso pareció gustarle más.

No, no, tú mientras te puedes tomar un cafelito.

¿En serio? ¿Me quedo sin lo mejor?

Me temo que sí...

Y sí, me fui yo sola porque pongamos las cosas en su sitio, no era plan de hacerle un desfile de moda interior, que vale que dormíamos juntos por las noches, pero que todavía no nos habíamos tocado un pelo.

Media hora después volvía cargada a la terraza donde él estaba sentado con tres sillas repletas de bolsas a su alrededor.

¿Puedes describirme lo que has comprado? —bromeó.

Nada, nada, tres tonterías—escurrí el bulto divinamente.

Me lo estaba pasando de miedo y mis compras ya iban llegando a su final, lo mismo que estaba pasando con el día.

Ahora te toca a ti—cogí su brazo y tiré de él volando.

Mujer, que no hace falta...

Que te digo yo que sí.

Entramos en una tienda y entre los dos escogimos varios pantalones y camisas. Mi idea era regalárselos, pero sabía que se iba a oponer por completo. De hecho, me había costado Dios y ayuda poner pagar mis propias compras, porque quería hacerlo él, pero yo lo puse como condición. Bastante era estar viviendo totalmente gratis en su casa, dado que lo habíamos hablado la noche anterior y se negaba en rotundo a cogerme ninguna cantidad.

Estas dos te las tienes que llevar fijo—señalé a una camisa blanca que parecía que le habían hecho a medida y otra celeste, que resaltaba ese moreno natural suyo.

Vale.

Y ahora pruébate los pantalones.

¿También?

Sí, oye y una pregunta, ¿Por qué el tatuaje del escorpión?

¿Este? —se lo señaló.

No, el que tengo yo en el culo, no te fastidia...—reí.

¿A ver? —me dio la vuelta en broma.

En serio, me lo hice porque soy escorpio de signo del zodiaco y porque significa fortaleza y seguridad en uno mismo.

Highlander tenía que ser. Pero vamos, que a mí su respuesta me encantó. Después de coger algunas prendas más para él, que naturalmente pagó, no hubo forma, nos fuimos a cenar.

Nuestra última noche en Londres, ¿lo echarás de menos?

No, las Highlands son muchas Highlands. Tu tierra tiene algo...

Lo sé, yo no podría prescindir de ella. Allí están mis raíces y eso es importante.

¿Me lo dices o me lo cuentas? Yo todavía estoy intentando buscar las mías. ¡Y lo que me

queda! —iba hablando del tema con más entereza.

No te preocupes, yo te voy a ayudar en todo.

Ya lo haces—me salió del alma—Gracias por estos días maravillosos, gracias por haberme sujetado en los momentos en los que no me tenía de pie.

Gracias a ti por haberme dejado estar a tu lado.

La mirada de Liam me atravesó en ese momento y noté un calor interno sofocante. ¿Podía ser más interesante? Cogimos las bolsas y nos dirigimos al hotel. Yo me sentía agotada.

Nos metimos en la cama y lo mejor estaba por venir. Sin mediar palabra me abrazó y yo me sentí la más dichosa de las mortales. En aquel ancho y fuerte regazo sentí que nada malo podía volver a pasarme, que todo lo bueno se concentraba allí y en ese momento...

Capítulo 7

Estaba aún abrazada a ese hombre que había sido mi salvador, mi ángel de la guarda, mi todo.

— Buenos días, Bella... — me sonrió echando mi pelo hacia atrás.

— Buenos días, me llamo Diana — sonreí.

— Y eres la más bella de toda Inglaterra — me dio un beso en la frente y lo abracé con fuerza.

— Gracias por todo...

— No me las des más o me enfadaré.

— No tienes cara de enfadarte mucho — sonreí sin dejarlo de abrazar.

— Bueno, tampoco soy un santo, un poco cabezón inclusive, según el momento — jugueteaba con mi pelo.

Nos levantamos y recogimos todo, la infinidad de ropa que me llevaba de vuelta. Mientras lo hacíamos, tenía la sensación de que ahora él era como mi familia, me había ayudado cuando más lo necesitaba y eso era algo que siempre le iba a agradecer.

Metimos el mogollón de bolsas en el coche y nos dispusimos a regresar a Escocia, no sin antes parar a desayunar en un lugar a las afueras de Londres.

Me encantaba cómo me trataba, me miraba, me hablaba... ¿Cómo podía ser tan buena persona? Lo que había hecho conmigo no tenía precio.

Tras un desayuno en el que estaba feliz, pues todo lo que rodeaba a Liam era bueno, retomamos el camino hacia las Highlands, aquel lugar que me acogería una temporada.

El camino fue ameno, su compañía era de lo más perfecta, tenía que pillarle algún fallo a ese

hombre.

Iba mirando el móvil cuando recibí una notificación de que mi amiga Candy había aceptado mi solicitud. No tardó en abrirme un privado preguntándome de todo, reí pidiéndole su teléfono y más impresionada se quedó, pero me lo dio, la llamé inmediatamente.

Ni que decir que le tuve que contar lo sucedido con pelos y señales, inclusive se puso a llorar. Me iba a ayudar a recordar cosas que yo no podía, estaba de lo más emocionada, no se lo podía creer.

Liam me miraba sonriente y feliz por esa conversación que estaba teniendo lugar entre las dos. Es más, puse manos libres mientras él conducía para que se enterara de cuando hablábamos, tenía el mismo derecho que yo a saber, había sido mi punto central de apoyo.

Quedé en que nos veríamos pronto, ella decía que, si tenía que ir a Escocia, lo hacía. Liam interrumpió la conversación para saludarla y le comentó que podía venir a sus tierras cuando quisiera, que sería bien recibida.

Me encantó la voz de mi amiga, no recordaba nada, pero por las fotos y comentarios en el antiguo Facebook, nos debíamos de querer mucho. Hasta me lo dijo al colgar la llamada y yo le contesté que también, aunque no la recordara.

Noté que quedó un poco descompuesta con la información, con lo sucedido... Cierto que debía quererme mucho y bien.

Llegamos por la noche a las Highlands, por el camino paramos a almorzar y a merendar.

Patty me abrazó emocionada al verme.

— Para mí siempre serás mi Bella — me hizo un guiño.

— Bueno, tienes derecho a llamarme como quieras — la abracé — En esta bolsa está la ropa de tu hija, gracias por todo.

— Ya te compraste de todo por lo que veo.

— Sí — sonreí — ya me siento con más vida.

— Venid ahora a cenar que os preparé una crema de calabaza con la que os vais a chupar los dedos, además de unas bolitas de pollo con queso que os van a encantar.

— Vale, vamos a subir las bolsas y ahora bajamos — dijo Liam acariciándole la cara.

Subimos y yo me dirigí hacia mi dormitorio cuando él me cogió por detrás y me llevó al suyo.

— Ah no, no puedo invadir tu espacio — reí.

— ¿Dónde pone eso? — carraspeó abriendo un armario para que colocara mis cosas.

— No lo sé, pero me parece demasiado ya...

— Si no quieres, solo tienes que ir al otro, pero que sepas que me encantaría cuidarte personalmente — agarró mi barbilla, se acercó y besó mi frente.

En ese momento un cosquilleo recorrió mi estómago ¿De verdad me estaba pasando eso? Yo moría por Liam, me encantaba, no lo podía negar, pero no quería ser una carga ni un estorbo para él.

Bajamos a cenar con Patty. Estaba de lo más graciosa, no podía parar de reír con sus ocurrencias, llevaba mucho tiempo trabajando para esa familia y se quedó allí como una más.

Luego nos fuimos hacia la cabaña de Liam. Nos tumbamos a ver una peli mientras nos zampábamos un cuenco con palomitas que nos había preparado Patty.

Yo terminé echada en su hombro mientras charlábamos y él con su mano en mi pierna. Hasta parecíamos dos amantes de toda la vida y eso que aún ni nos habíamos acostado ¿Lo haríamos?

¿Me estaba enamorando? ¿Lo había estado de alguien alguna vez? Joder eso no se lo pregunté a mi amiga, pero ya la interrogaría sobre muchas cuestiones que afloraban en mi mente.

Terminamos de ver la película que era de suspense y nos quedamos allí en el sofá charlando sobre la trama entre risas. En uno de esos momentos fue cuando sucedió, nos besamos...

Lo hizo ahuecando su mano en mi cuello y provocándome una sensación de lo más placentera. Me dejé llevar como si mi vida solo quisiera arrastrarse a él, como si todo mi mundo se hubiera parado en ese momento y únicamente tuviera la necesidad de que aquello continuara.

Nos echamos en ese amplio sofá, mirándonos, besándonos, abrazándonos, pero sin sobrepasar ningún límite. Se percibía que era un hombre de los pies a la cabeza, sabía cómo tratar a las personas y a mí... A mí me estaba enamorando.

Volvimos a la casa, aunque yo por mí me hubiera quedado allí, pero no, no le iba a decir nada. Me parecía un atrevimiento por mi parte.

Nos metimos en su dormitorio y entré al baño a cambiarme. Me embargaba la emoción por ese momento tan bonito que estaba viviendo a su lado.

Esa noche dormimos entre abrazos, besos y la sensación de estar en el lugar y momento correctos.

Capítulo 8

Liam no estaba en la cama cuando desperté. En ese momento me vino un flas de esos que no sabes si es verdadero, pero que algo te indica que pueda llegar a serlo.

Bajé a la cocina y Patty me dio un beso con mucho cariño. Me hizo sentar, pero no me apetecía, así que me tomé un café con ella mientras charlaba.

Me había comentado que Liam estaba trabajando con los caballos.

— He tenido un recuerdo — dije entre dudas — Al despertar...

— ¿Qué tipo de recuerdo, cariño?

— Mío por unas montañas que me recuerdan a esto, en un coche, e intentado saltar de él.

— ¿Saltar?

— Salir... Estaba nerviosa y con miedo, abrí la puerta y me tiré.

— ¿Será eso lo que te pasó?

— No lo sé — me eché a llorar y ella me abrazó — Recuerdo que iba un hombre de no más de cuarenta años conduciendo a toda velocidad.

— Deberías contarle eso al inspector de Inverness, quizás ahí esté la clave de lo sucedido y puede que esa persona tenga todos tus objetos personales.

— ¿Puedo ir a buscar a Liam?

— Claro, ¿pero cómo preguntas eso? Muévete por las tierras como si fueran tuyas, cariño.

— Necesito contarle — las lágrimas no paraban de brotar de mis ojos.

Dejé el vaso de café después de tomarlo. Aquella mañana tenía el estómago cerrado y no me

apetecía comer lo más mínimo.

Fui hasta el establo y ahí estaba con sus caballos, me sonrió al mirarme y se acercó a abrazarme. Me regaló un precioso beso.

— ¿Cómo estás?

— Liam... — rompí a llorar.

— ¿Eh, te pasó algo?

— Recordé una cosa...

— Ven, vamos a sentarnos ahí fuera — me echó la mano por el hombro.

— Recuerdo que iba en un coche por lo que podía ser esto, las Highlands...

— ¿Y? — agarró mis manos cuando nos sentamos.

— Tenía miedo, iba con un hombre de unos cuarenta años conduciendo a toda velocidad y yo abrí mi puerta y me tiré del coche.

— ¿En serio? — sus ojos se salían de las órbitas.

— Sí...

— Vamos a llamar a Alastair y se lo vamos a contar.

— Vale.

Cogió su móvil y no lo pensó dos veces. Se puso a hablar con el inspector y le relató lo que le había contado, además de decirle que no recordaba nada más.

Alastair le dijo que lo más mínimo que recordara se lo hiciera saber, que a partir de aquello abriría una línea de investigación, pero claro, era muy pocos datos y una carretera en la cual no había cámaras. En cualquier caso, pediría información relativa al día que Liam me encontró y la

noche anterior de los lugares que sí la tuvieran y fueran de tránsito hacia ella.

Cualquier gasolinera, restaurante, podía aparecer en cualquier sitio y con alguien. Quería hacer lo posible por saber que me pasó y quién tuvo la culpa de ello, pues en ese punto podía ser que hubiera algo más rocambolesco de lo que imaginábamos.

Liam era el mayor regalo que la vida había puesto en mi camino, sin duda, me sentía respetada, querida, apoyada...

— Vente conmigo, hoy me vas a ayudar — tiró de mi mano sonriente y yo iba andando como sin fuerzas, sonriendo y él... Él era el motivo.

— ¿Me vas a dar trabajo? — puse los ojos en blanco mientras lo seguía.

— Claro, a partir de ahora te vas a ganar el jornal — me hizo un guiño.

— Mira qué bien, pero que no me hace falta, que con lo que tengo en el banco me puedo tirar un año sabático y luego comprarme una chabola.

— ¿Una chabola?

— Si, un apartamento ¿para qué quiero más? — reí.

— Mira, tienes mi cabaña, como tú la llamas, si no quieres aguantarme en la casa.

— ¿Me la regalas?

— Claro.

— ¿Cuándo vamos a notaría a ponerla a mi nombre? — bromeé mientras entraba al establo.

— Ya otro día, no vamos a ir hoy — hizo un gesto bromista como llamándome impaciente.

— Ya solo falta que me quites la virginidad — yo no sé de dónde sacaba ese humor, pero algo me decía que en esa vida que seguía sin recordar había sido muy bromista.

— En eso también te puedo complacer — hizo un gesto de terror y nos echamos a reír.

— ¿Encima de la paja? — señalé a toda la que había en un rincón.

— Mira, no lo había pensado, pero....

Me cogió en volandas y me llevo hacia allí. Me puso con cuidado sobre la paja y se tiró a mi lado a besarme sonriente.

— ¿Pero no había que trabajar? — pregunté a carcajadas.

— Me has dicho que tienes dinero para vivir un año sabático — hizo un carraspeo que me hizo reír más.

— Si me quedo aquí, tengo para tirarme una vida entera rascándome las narices — dije entre besos.

— ¿Y quién dice que dejaré que te vayas?

— ¿Ah no? — lo miré entre risas, esas que él me provocaba.

— Creo que no, pero no te lo puedo decir de forma radical, no te quiero asustar.

— ¡Qué miedo! — exclamé mientras él me abrazaba y comía a besos.

— La vida te puso en mi camino y yo no voy a permitir que te quite de él.

— Tranquilo, por ahora tengo la agenda en blanco, como mi cabeza.

— Pues empieza a rellenarla con cosas con las que yo tenga que ver, no quiero que me saques de tu vida.

— ¿Lo único que tengo lo voy a sacar? ¡Estás loco! Eres un chollo — le mordisqueé el labio.

— Quiero ser tu chollo eterno...

Si es que era un amor de hombre, ¿de verdad me estaba pasando eso a mí?

Me pasé toda la mañana ayudándolo en el establo. Lo estaba reorganizando, me reí mucho escondiéndole las cosas y volviéndolo loco, pero a él le encantaban esos momentos que estábamos comenzando a disfrutar juntos.

A la hora de la comida Patty nos había preparado un asado que estaba para enmarcarlo, era toda una cocinera de primera.

Por la tarde Liam se fue a la parte de los invernaderos y yo me quedé ayudando a Patty en la comida del día siguiente, mientras me contaba anécdotas de su vida y me sacaba alguna que otra carcajada ¡Era muy cómica! Su marido la abandonó hacía muchos años y ella sacó a su hija adelante trabajando para esas tierras.

Tras la cena nos fuimos a dormir, ya que Liam estaba agotado. Había tenido un día movidito, así que se pegó una buena ducha y me abrazó como a él le gustaba hasta que nos quedamos dormidos.

Capítulo 9

Y hay amaneceres que te cambian la vida, aquel era uno de ellos...

Sus manos en mi cabello acariciándolo mientras me miraba con la mejor de sus sonrisas, al mismo tiempo que unos “buenos días” se escapaba como un susurro de su boca.

Lo besé con cariño, con esa ternura que desprendía tan temprano junto a mí, en su cama, en su vida, que se había convertido en la mía. Sentía como si hubiera aterrizado en un lugar propio, eso era lo que me transmitían aquel sitio y Liam, inclusive Patty, a la que ya adoraba.

— ¿A trabajar? — le pregunté.

— No, hoy es fiesta y como tal a disfrutar.

— ¿Y qué? ¿vamos a montar una fiesta? — pregunté disfrutando.

— Podemos montarla, no creas que no — acariciaba mi pelo sin dejar de mirar mis labios.

— Pues venga, hoy estoy dispuesta a emborracharme. Tengo el cuerpo preparado, por lo que vi en las fotos del Facebook seguro que me gustaba mucho empinar el codo.

— Vaya, espero que ahora no me salgas borrachina.

— Pues un título más que me llevo.

— ¿Aparte del de enfermera?

— Pues eso parece, pero vamos no sé de qué me vale el de enfermera cuando no tengo ni idea de cómo se pincha una aguja.

— Ya lo recordarás — sonreía acariciando mi pelo.

Me volvió a besar con su mano puesta sobre mi barriga, esa que acariciaba provocando que todas las mariposas se removieran en mi interior.

Me miraba con esos ojos de deseo que me hacían saber que estaba loco por perderse en mi cuerpo, como yo también lo ansiaba, para qué me iba a mentir.

Los besos se fueron intensificando, casi que me pidió permiso para quitar esa camiseta larga que llevaba en plan camisón. Afirmé con la cabeza, con aquella sonrisa que solo él me provocaba.

Un gemido salió de sus labios al ver mis pechos al descubierto. Llevó su mano hacia uno de ellos y lo acarició...

Solté el aire y mi corazón se comenzó a agitar con esas caricias y esos besos que me regalaba. Sus labios se fueron hasta mis pechos, y los lamió, mi respiración comenzó a agitarse y mis latidos se aceleraron.

— ¿Sigo? — preguntó mirándome desde mis pechos.

— Claro...

— ¿Segura?

— Segurísima — sonreí sonrojada.

Se quitó la camiseta con esa sonrisa tan sensual y dejó su torso al descubierto ¡Madre mía! Y ese tatuaje que llevaba a un lado de su cintura en forma de escorpión ¡Vaya cuerpazo!

Duro, estaba duro como una roca, se tiró sobre mí con cuidado, rozando su piel con la mía, poniéndose entre mis piernas y pude notar su miembro ¡De impresión!

Sus labios comenzaron a bajar besando y mordisqueando cada recodo de mi piel.

Retiró mis bragas con cuidado, dejándome totalmente desnuda ante él, los nervios se estaban apoderando de mí.

— ¿Ahora no es el momento en el que me dices que solo dolerá un poco pero que pasará?
Siendo mi primera vez...

— Nunca olvides que para mí seré el primero, siempre — su sonrisa y su rostro sexy me causaron más cosquilleos.

— Y a este paso para mí — gemí al notar sus labios entre mis piernas.

Madre de Dios, cómo me hacía sentir. Me estaba poniendo a mil por hora y lo mejor de todo era que mi cuerpo pedía más.

Eché mi cabeza hacia atrás y me agarré a las sábanas, su lengua jugueteaba en mi zona y yo pensé que me volvería loca.

— Si te duele me dices... — abrió mis labios y comenzó a meter uno de sus dedos con delicadeza.

— Nada, dale sin miedo — dije casi sin aliento y pensando que necesitaba más y más, me estaba excitando hasta la saciedad.

Introdujo dos dedos, con cuidado, causando que yo abriera más mis piernas, dejándome llevar por ese momento que tanto me hacía sentir, ante aquel hombre que era un regalo de la vida, de la naturaleza...

Sus dedos se fueron a mi clítoris y lo comenzó a estimular, pero ya estaba más que hinchado. Comencé a gemir sin parar y no tardé en llegar, agarrando aún más las sábanas y revolviéndome en ese placer que él solo me podía dar.

Se quedó mirándome con esa sonrisa en sus labios y tiré de él hacia mí para besarlo, a pesar de que aún no me había recompuesto de ese momento tan maravilloso.

— Te toca — dije en plan juguetona mordisqueando sus labios.

— ¿Es una partida de ajedrez?

— Puede... — aguanté la risa y se fue a mi cuello a mordisquearlo sin quitar la suya de su boca.

Se levantó y se dispuso a coger un preservativo, yo estuve a punto de bromear y preguntarle que

para qué, por mí que me hiciera un hijo ¿Dónde iba a encontrar a alguien mejor que él?

Abrí mis piernas para Liam, se apoyó en mis rodillas mirándome.

— ¿Preparada?

— Siempre...

Y con esa cara de lo más sexy y su sonrisa que me enamoraba fue entrando en mí.

Se agarró a mis caderas y comenzó a moverse de forma sincronizada, con esa expresión que hacía ver que estaba disfrutando con mi cuerpo, con eso que veía mientras me azotaba con sus movimientos. No tardé en volver a ponerme a mil y no tardamos en llegar al clímax...

Joder cómo imponía desnudo, cómo elevaba mi cuerpo a ese placer absoluto, cómo me hacía sentir. Aquella era la mejor y más intensa locura de mi vida, el primero de muchos momentos que deseaba vivir con él.

Nos besamos y quedamos abrazados un buen rato, luego me ayudó a levantarme y nos metimos en la ducha ¡Cielos! Era todo fogosidad, pasión y desenfreno.

Bajamos a la cocina a desayunar, Patty nos preparó un delicioso desayuno y se sentó con nosotros.

Ante mi asombro, Liam le comentó que ese día lo íbamos a pasar en la cabaña, así que ella nos preparó una cacerola con la comida y un *tupper* con unas croquetas que tenían una pinta impresionante.

Nos fuimos hacia allí, queríamos estar él y yo solos ese día, disfrutar de nuestro momento. Me parecía una preciosa idea.

Tras el desayuno, que fue muy divertido por el humor que derrochaba Patty, y por el mío, que andaba cerca, nos trasladamos a esa cabaña a la que no le faltaba detalle.

Estuvimos escuchando música entre besos...A media mañana abrió una botella de vino y sirvió unas patatas chips sobre la mesa de la cocina. Nos pusimos a charlar mientras las tomábamos, me encantaba el sentido del humor que tenía. No tan exagerado como el mío, pero sí de lo más

gracioso, dentro de su línea de aspecto serio.

— Liam ¿No has tenido pareja nunca?

— Pregunta del millón — frunció el entrecejo.

— Huy, eso me dice que algo te salió mal...

— Bueno, digamos que tuve una relación duradera con alguien de Inverness, pero no quería vivir su vida en las tierras y terminé dejándome.

— ¿La trajiste a vivir aquí?

— No, no quería, es más vino a pasar algún que otro día, pero poco más. Encima decía que le caía mal Patty y ella para mí es como una madre.

— Pues no entiendo como a alguien le puede caer mal, es un amor de persona.

— Pues sí, pero hay gente para todo, de todas formas, siempre pensé que me llegaría algo mejor.

— ¿Y crees que te llegará?

— Ya me llegó, solo espero que sea feliz aquí — se acercó y besó mis labios, sin duda era una directa a mi corazón.

— Me da miedo, no sé, me parece que soy una intrusa en vuestras vidas, pero es lo único que siento como mi hogar, aunque esté feo decirlo.

— ¿Feo?

— No sé...

— Ojalá siempre veas esto como tu hogar, ojalá te quedes en mi vida.

— Bueno, siempre que no me echés...

— Jamás lo haría, jamás — me abrazó arropándome de esa manera que Liam solo podía y sabía hacer.

Comimos en la cabaña y luego nos tiramos en el sofá donde una cosa llevó a la otra y al final terminamos haciendo de nuevo aquel acto de deseo provocado por esos sentimientos que iban acrecentándose entre nosotros.

Lo noté más suelto, más seguro. Era normal que por la mañana le hubiera costado más llevar la situación, dada la novedad. Aun así, lo hizo a lo grande, su tacto le podía más que cualquier otra cosa y la verdad es que ¡Cómo follaba! Aquel hombre era un fuera de serie rendido a mi cuerpo y a nuestros deseos.

Pasamos todo el día en la cabaña, inclusive dormimos allí. Aquel lugar tenía algo especial que me hacía sentir como en mi hogar, más que en su dormitorio de la casa grande. La cabaña te acogía de una manera especial y parecía que allí el mundo solo nos pertenecía a los dos.

Capítulo 10

Amanecemos entre besos, caricias y otro momento de efusividad ¡No podíamos contener nuestros deseos!

Liam era puro fuego y yo ese volcán que estaba soltando lava continuamente, no era para menos. Aquel hombre estaba desatando demasiados sentimientos en mí, además, al no tener recuerdos, representaba la historia más fuerte que había sentido en mi vida.

Desayunamos en la cabaña y luego él se marchó a trabajar. Yo me fui con Patty a la cocina a tomar otro café.

— Sé que está naciendo algo entre vosotros y no sabes cuánto me alegro — dijo ante mi sorpresa.

— Gracias, no me esperaba todo lo que me está pasando.

— Tanto tú como él os lo merecéis.

— Tengo miedo, pero a la vez me siento feliz.

— Por eso tienes miedo, la felicidad lo produce, pero confía en lo vuestro. Tengo la seguridad de que va a salir algo muy bonito de lo que os está sucediendo, él luce continuamente la mejor de sus sonrisas.

— Estoy viviendo el momento, lo que tenga que ser será, pero espero que a su lado.

— Yo también.

— Algo que me deja más tranquila es que tengo mi propio dinero y no me siento una vagabunda sin nada, ni mucho menos que piense que me puedo aprovechar de él.

— Aunque no tuvieras nada él no pensaría así, lo conozco muy bien, es generoso, muy buena persona.

— Lo estoy comprobando por mí misma, la verdad es que es un gran hombre.

— Y tú una gran mujer, que no se te olvide.

Patty derrochaba empatía y me había cogido de alguna manera mucho cariño, cosa que me alegraba. En cierto modo, ya me sentía parte de sus vidas.

Aquel lugar daba mucha paz, se veía a los trabajadores ir y venir por la ventana de la cocina. Había tantos que no los conocía a todos. Las tierras producían mucho género, además de trabajo, era toda una empresa la que tenía montada Liam y me encantaba que fuera así. Se trataba un hombre con muchos valores, que desprendía por todas partes esfuerzo y gratitud.

Salí con un café en las manos y me senté en uno de los escalones de la puerta principal. Aquella mañana había salido el sol. Ya estaba acostumbrada al clima de Escocia, tan inestable y en el que el gris solía predominar en cualquier época del año. Sin embargo, estaba soleado y esos rayos iban directos a mi cara, cosa que agradecí.

Cogí el teléfono y llamé a mi amiga Candy, tenía ganas de volver a escuchar su voz.

— Hola, preciosa — dijo con voz feliz al escucharme.

— Hola, mi única amiga — bromeé.

— Bueno tienes más, pero realmente las dos éramos las más amiguis — bromeaba.

— ¿Qué tal estás?

— Bien, deseando verte, lo cierto es que me quedé muy triste y preocupada con la noticia.

— Me he enamorado...

— ¿En serio?

— Sí.

— Pues no me lo puedo creer, esa palabra jamás la escuché en ti.

- ¿Nunca tuve pareja?
- Sí, muchas, te duraban a razón de una semana, el tiempo de verlas al siguiente fin de semana y aborrecerlas.
- ¿De verdad? — solté una carcajada.
- Te lo prometo.
- Oye, tienes que venir y contarme, necesito verte.
- Pues si quieres el fin de semana me planto allí — reía.
- Ojalá ¿Puedes hacerlo?
- Claro, el viernes libre, así que puedo ir ¿Me dejará tu *highlander*?
- Me repitió mil veces que cuando quisieras...
- Pues entonces me pillo un vuelo, no quiero comerme mucha carretera — reía.
- Iré a recogerte al aeropuerto, mantenme informada del horario.
- Lo haré. Una cosa, ¿Beberemos no?
- ¡Eres tremenda! Si hay que beber se bebe.
- Y dime una cosa ¿Ya te lo pasaste por la piedra?
- Sí — reí — Es un fuera de serie, pero vamos que puedo comparar con poco, no recuerdo nada.
- Imagino, pero me alegro de que hayas encontrado alguien que te haga sonreír en estos momentos tan duros.

— Bueno, no sé si será la pérdida de memoria, pero no los veo muy duros, esto está siendo como un sueño.

— Entonces me alegro mucho.

Me quedé muy ilusionada con la visita de mi amiga y fui a buscar a Liam al establo para contárselo. Por suerte, su cara reflejó felicidad y emoción.

Solo un beso...

Eso fue lo que pensé cuando los labios de Liam se unieron a los míos. Un beso más, la oportunidad de disfrutar de su cercanía. Pero entre él y yo, parecía que las cosas no se podían hacer a medias. El beso se nos había ido de las manos.

Ahí estábamos los dos, en el suelo en medio del establo, con su cuerpo encima de mí y sin poder separarnos el uno del otro.

Gemí cuando agarró mi labio inferior con los dientes y tiró de él. Abrí los ojos y me encontré con los suyos.

No puedo tenerte cerca —sonrió, una sonrisa torcida en ese rostro que me encantaba mirar.

Si quieres, me voy — me removí, haciendo una mueca por el roce de la paja. Pues sí que picaba esa cosa.

Él levantó sus cejas.

—¿Es lo que quieres? —sonó muy serio, pero sabía que, como yo, estaba bromeando.

Lo miré fijamente y negué con la cabeza. Eso era lo que menos deseaba, de lo único que tenía ganas era de sentirlo a él, dentro de mí de nuevo.

No— una sola palabra, dicha con seguridad, lo hizo sonreír.

— Me alegro, porque no iba a dejar que te fueras— su voz comenzaba a sonar ronca.

Agachó la cabeza y me dio varios besos en el cuello. Sus caderas moviéndose, rozándose con mi sexo y llevándome al límite.

Lo deseaba. Y él no podía imaginarse cuánto.

Su mano se posó en uno de mis pechos y lo apretó con fuerza. Me arqueé y eché la cabeza para atrás, dándole mejor acceso a mi cuello.

Su boca subió por mi garganta y volvió a juntarse con la mía, esa vez devorándome los labios. Dejando aflorar la pasión que sentía.

Me perdí en la neblina de sensaciones, apenas fui consciente de que nos habíamos deshecho de la ropa desesperadamente. Hasta que sentí el contacto con su piel y temblé, de pura necesidad.

— Dios, Liam— el roce de mis pechos en su tórax me provocó un escalofrío.

No era momento de pensar cómo era posible que ese hombre provocara ese tipo de sensaciones en mí. Solo quería vivirlas. Sentirlas. Disfrutarlo a él.

— Me cuesta mantener mis manos lejos de ti— un ruido sordo salió de su garganta— Me pasaría el día besándote si pudiera — lamió mi labio y me miró a los ojos, los suyos quemándome con la intensidad con la que me observaba.

— Ahora puedes — susurré.

— Y créeme, voy a aprovecharme de ello — me guiñó un ojo y tras un beso más, bajó, de nuevo, por mi cuello.

Fue entonces cuando sentí la humedad de su lengua sobre mis pechos desnudos y gemí. Mi cuerpo seguía temblando por la necesidad que tenía de él.

Notaba cómo su miembro rozaba mi sexo y no pude evitar mover mis caderas frenéticamente. Lo quería sentir por completo.

Soltó una risita sobre mi cuello al notar mi desesperación y me miró a los ojos, la dulzura en los suyos.

— Tengo tantas ganas como tú...— gimió y yo lo hice también al entrar un poco en mí— Te vas a convertir en una adicción.

Un gemido ronco salió de ambas gargantas, estaba por completo en mi interior.

Dios — suspiré.

— Eres perfecta — su voz entrecortada cuando comenzó a moverse. Poco a poco. Lento, Sus labios sobre los míos y su lengua jugando en mi boca.

Fue tan dulce, tan intenso y especial que sentí, cuando llegó mi orgasmo, que me rompía en mil pedazos.

Grité sin poder evitarlo y clavé las uñas en su espalda mientras sentía que caía por el precipicio. Él siguiéndome y los dos terminamos lacios.

Saciados el uno del otro. Al menos por un rato.

Aquel fue otro de los momentos sensuales que se sucedieron esos días, en los que nos liábamos donde nos pillara. Los dos sabíamos que lo que había entre nosotros era mucho más que un rato de placer, lo que nos llevaba a disfrutar mucho más de esos escarceos que se fueron produciendo por todos los rincones de la finca.

Me encantó cómo voló la semana. Ya faltaba menos para reencontrarme con mi amiga. Liam y yo iríamos al día siguiente a recogerla y eso me tuvo de los nervios aquella noche en la que no paraba de reír por cualquier tontería y él se daba cuenta que su inminente llegada era lo que me lo producía.

Me quedé dormida pensando en cómo sería ella conmigo en las distancias cortas y si su presencia provocaría en mí algún que otro recuerdo de esos que aún no aparecían en mi cabeza.

Capítulo 11

Y amanecí con los nervios a flor de piel, emocionada e ilusionada por reencontrarme con Candy, mi mejor amiga, esa que no recordaba pero que me inspiraba plena confianza.

Miré a mi chico que estaba con los ojos clavados en mí. En su rostro aparecía esa sonrisa que tanto me gustaba y no dejaba de besarme y pegarme a él con todo el cariño que desprendían sus caricias. Sin duda, se trataba de lo mejor que me había sucedido en la vida, a pesar de no recordar el resto.

— ¿Qué piensas? — preguntó sin apartar la mirada.

— No sé, tengo una sensación extraña, pero me hace mucha ilusión reencontrarme con algo de mi pasado, como yo lo llamo.

— Te entiendo y por eso vamos a ello. Irás poco a poco despejando esa cabecita que no para de dar vueltas.

— Además, si era mi mejor amiga, tiene que saber hasta el último detalle sobre mí.

— Bueno, lo mismo hasta cosas que no te gustaría recordar — sonrió mientras besaba mi frente.

— Ah no, yo soy una guerrera y me enfrento a lo que haga falta — hice un carraspeo.

— No lo dudaba... — tiró de mí y nos levantamos para ponernos en marcha en ese día que me hacía especial ilusión.

Desayunamos con Patty y nos fuimos hacia el aeropuerto de Inverness a recoger a Candy. Liam no dejaba de sonreír por verme hecha un manojo de nervios, pero es que no podía evitarlo, una parte de mí iba a reaparecer en mi vida.

El camino fue de lo más gracioso. Liam me miraba y yo me echaba a reír, no podía con la emoción.

Entramos en la terminal después de dejar el coche en el aparcamiento. Yo temblaba como una hoja y la ilusión que me recorría de cabeza a pies en esos momentos era indescriptible.

Y ahí estaba andando hacia nosotros, corrí hacia ella y nos dimos un efusivo abrazo. Candy no dejaba de decirme que estaba guapísima, pero ella lo estaba más.

— Mira que perder la memoria, yo pensé que perderías antes otras cosas — dijo bromeando a modo de riña.

— ¿La virginidad? — pregunté bromeando.

— Esa la perdiste hace mucho tiempo — reía sin dejar de acariciar mi cara — Por cierto, con vaya bombonazo me apareces, así hasta yo quiero perder la memoria.

— Ah no, ese es mío — reí.

— Ya veo, pero ponle cadenas que es uno de esos que cualquiera se querría llevar.

— Anda, te lo presento — dije riendo.

Nos acercamos a Liam y los presenté. No imaginaba el desparpajo que tenía mi amiga.

— Hijo de mi vida, dime que tienes un hermano para mí — soltó haciendo un gesto con la boca de impresionada.

— No lo tiene, pero en las tierras trabajan muchos *highlanders*, si eso pasamos un poco de revista y vamos eligiendo candidatos — les hice reír.

— ¿Te has fijado en los chicos de la finca? — preguntó Liam bromeando ante mi amiga y levantando la ceja.

— ¿Yo? ¡Los veo de lejos! Contigo es imposible fijarse en nadie más — reí produciendo otras risas a ellos.

Nos montamos en el coche y me senté con ella en la parte trasera mientras me iba contando

anécdotas de mi vida. Liam nos miraba sonriendo por el retrovisor y se notaba que a él también le gustaba escuchar todo lo concerniente a mí.

— Esto es una pasada — decía mirando el camino que nos iba llevando hasta la casa.

— Lo es, es un lugar que enamora.

— Si ya, a ti te enamoró, pero bien — volteó los ojos mientras negaba riendo.

— Eso parece — miré hacia el retrovisor donde veía a Liam sonriente.

— Pues muy bien que haces, el pescado de Londres ya está vendido.

— ¡Exagerada! — exclamé entre risas mientras miraba sus gestos que tanta diversión me causaban.

Llegamos a la casa y Patty la recibió con mucho cariño, además de que nos puso tres copas de vino en una de las mesas del exterior. Antes que nada, subí con Candy para que se instalara en el dormitorio en el que amanecí después de mi percance.

Estaba feliz de verme, no dejaba de besarme y hasta en broma me dio un beso en los labios diciéndome lo bonita que era. Me sentía muy dichosa por tener a una amiga que me quisiera tanto.

— Así que en esta habitación abriste los ojos y te preguntaste que dónde estabas — dijo mientras salíamos de ella para bajar a comer con Liam.

— Aquí mismo ¡Bendita vuelta a la vida!

— ¿Y no recuerdas nada de lo que te pasó?

— Nada, solo lo que te conté de que me tiré de un coche por sentirme amenazada.

— Qué fuerte, lo que no entiendo es lo que hacías con un extraño.

— Ni yo, pero algo pasó para verme metida ahí.

— Bueno, lo que importa es que estás bien y que podemos contarlo.

— Pues sí y que eso me trajo hasta aquí.

— ¿Y te quieres quedar?

— Sí, me he enamorado, al menos siento que es así.

— Cómo no, valiente bombón se cruzó en tu camino.

— Es una gran persona, no te imaginas cómo me trata.

— Se nota, es muy difícil encontrar alguien así hoy en día.

Nos sentamos con Liam después de dejar las cosas. Él sonreía viéndonos tan contentas y confidentes. Me daba la sensación de conocerla de toda la vida, y es que así era, pero mi mente se había empeñado en borrar los recuerdos de mi cabeza.

Miraba a mi amiga y me venía algún que otro flas, alguna imagen en algún lugar que no lograba reconocer. Estaba segura de que habían existido esos momentos que aparecían en mi cabeza.

Liam se mostraba muy risueño, muy participativo y Patty no dejaba de traernos comida, por lo que mi amiga decía que se iba a plantear venirse a vivir con nosotros, que aquello era vida, obvio que lo decía en broma.

Candy era una bomba atómica, no podía dejar de reír con ella, era tremenda.

— Entonces todas estas tierras son tuyas...

— Y vuestras— contestó sonriente.

— Joder, no sabía yo que tenía tanto en el país vecino — se frotó las manos.

— Para que veas que no soy la única que desconoce las cosas — le hice una burla.

— Te veo recolectando la cosecha.

— Pues puede ser, porque lo que es poner pinchazos y curar me parece que van a tener que esperar. No me acuerdo de mi vida, cuanto y más de cómo se hacen esas cosas — reí.

— Tu padre siempre decía que llegaríamos donde quisiéramos, lo que no imaginó es que llegaras hasta las Highlands. Debe estar flipando desde ahí arriba — señaló al cielo.

— Escocia es un buen lugar para recibir a personas como vosotras — intervino Liam con un gesto de lo más sincero y simpático.

— Que me lo digan a mí, solo os faltó recibirme a bombo y platillo — puse los ojos en blancos.

— A ti te encontré en una circunstancia inusual — me hizo un guiño.

— En una carretera tirada — volteé los ojos.

— Madre mía, me voy a tener que tirar yo — dijo Candy riendo.

Prolongamos el almuerzo hasta las cinco de la tarde. Se estaba de lujo, Patty no dejaba de traer cosas y nosotras de ponernos las botas, Liam nos dejó solas en muchos momentos e iba y venía a revisar las tierras.

Por la tarde nos fuimos a la cabaña donde pusimos música y nos bebimos unos cuantos cubatas de esos escoceses.

Me encantaba el humor que le ponía a todo Candy, con el cariño que me trataba y cómo congeniaba también con Liam. Me sentía en esos momentos con el corazón más pleno, más lleno de vida.

Capítulo 12

El sábado fue un día de lo más divertido, Liam nos llevó a hacer un recorrido por las tierras y nos lo pasamos genial. Por si fuera poco, Patty nos preparó un almuerzo al más puro estilo escocés, con pastel de postre incluido.

— Me encanta esta comida ¿Cómo decís que se llama?

— *Coulbiac* — dijo Patty riendo.

— Pues está de vicio.

— Si te ha gustado eso, verás cuando pruebes el pastel *Dandee* que os hice...

— Vaya, normal que mi amiga no se quiera ir de aquí — me miró riéndose.

— Aquí todo está bueno — miré a Liam para que pillara el doble sentido.

— Ya veo — contestó mi amiga provocando una risa en Patty.

La tarde... Bueno la tarde se tradujo en palomitas, chuches, refrescos y películas, solas las dos. Liam tuvo que arrimar el hombro en un tema referente a los caballos, aunque lo hizo encantado, pues se le notaban las ganas de darnos nuestro espacio.

Me encantaba tenerla a mi lado, me proporcionaba bienestar en mi vida, tenía claro que había sido un pilar fundamental de mi existencia.

Saqué muchas conclusiones durante esos dos días de lo que había sido mi etapa anterior y sobre todo me quedó claro que nunca dejé de sonreír.

Esa noche nos quedamos las dos a dormir en la cabaña, Liam nos lo propuso y como estábamos tan a gusto, pues como que le cogimos la palabra. También necesitábamos nuestro momento.

El domingo después de desayunar los cuatro, Patty incluida, llevamos a Candy al aeropuerto donde la despedimos pidiéndole que volviera en breve. Ella nos contestó que nos arrepentiríamos,

que no nos íbamos a librar de sus continuas visitas.

— La voy a echar de menos — dije cuando enfilamos el camino de vuelta a las tierras.

— Verás lo rápido que vuelve y si no ya iremos nosotros a verla también.

— Gracias por todo, Liam, has sido un magnífico anfitrión.

— No me des las gracias, es lo menos que puedo hacer por ti.

— ¿Lo menos?

— Sí...

— Has hecho mucho, más de lo que podría haber esperado de nadie.

— No hice nada y lo gané todo.

— ¿Soy un premio? — reí.

— Eres el mejor premio que la vida me pudo dar.

¿Y lo decía él? Para mí Liam tenía todo aquello que una persona pudiera aunar, además de un corazón de oro y unos valores impresionante. Era un hombre que merecía la pena, de esos que imaginaba que quedaban pocos.

Llegamos a la casa y después de comer nos fuimos a descansar un poco, entre abrazos, mimos y cómo no, ese momento sexual del que habíamos carecido durante un par de días por la llegada de mi amiga, de modo que lo disfrutamos con ansias renovadas.

Como todos los que llevaba allí, los siguientes días fueron magníficos. Me alegraba cada vez más de estar en esas tierras y con esas personas. Ni que decir tiene que, con Liam, pero también con Patty, a la que ayudaba mucho a pesar de que ella no quería. A mí me daba igual, yo lo hacía gustosamente y encima disfrutaba de su compañía. La estaba comenzando a ver como a una hermana mayor, como un pilar fundamental en mi vida...

Capítulo 13

Me desperté y abrí los ojos deseando ver la cara de mi persona favorita. Me llevé un chasco porque no estaba en la cama. ¡Es que lo tenía todo! Además de ser guapo, atento, servicial y cariñoso a más no poder, también era de lo más trabajador.

Entré en la cocina y ya estaba la otra cara amable de la casa, gracias a la cual el olor a café impregnaba aquella estancia.

Buenos días, mi niña—me dio un cariñoso beso.

Buenos días, Patty, ¿sabes dónde está Liam?

Sí, cariño. Salió muy temprano para la zona de los huertos.

¿Y a esas horas lo viste? ¿Tú no duermes?

Ya me conoces. Soy como las gallinas, me acuesto muy temprano y también me levanto al alba.

Pues yo por la mañana tengo más sueño que un canasto de gatitos—me desparramé en la mesa.

Un gracioso carraspeo suyo me dio a entender que quizás sus noches y las mías no tenían demasiado en común y claro, en eso no se equivocaba. Me eché a reír solo de pensarlo y ella me siguió.

¿Un cafecito y pan con mi mermelada?

No podría imaginar nada mejor para empezar el día.

En aquella casa me sentía cien por cien mimada. Vaya por delante que lo que quiera que fuese que me dejó allí no pudo hacerlo en mejor sitio, eso desde luego...

Desayuné con Patty que me preguntaba lo que me apetecía almorzar. Lo cierto es que me daba

exactamente lo mismo, pues todo lo que salía de sus manos estaba francamente delicioso.

Me estuvo comentando que la noche anterior había hablado con su hija y lo mucho que la echaba de menos. Incluso me dijo que, en cierto modo, mi presencia allí le servía para amortiguar la ausencia de Megan. Yo la escuchaba embobada, era una mujer con tantos valores que solía tomar nota mental de todo lo que me contaba.

Terminé de desayunar y decidí salir a buscar a Liam. El café hacía mucho por despejarme, de eso no tenía ninguna duda, pero siendo totalmente sincera, yo no era persona hasta que veía a mi *highlander* y nos dábamos un beso de buenos días.

La mañana estaba ciertamente gris, pero no me importaba en absoluto, pues contrastaba con la alegría y la nota de color que yo sentía en el corazón desde que vivía en las Highlands. Así las cosas, ya me había acostumbrado también a una complejidad meteorológica que le otorgaba un toque aún más misterioso a la zona, si es que eso era posible.

Me llamó la atención que, conforme enfilé hacia los huertos, el viento y la humedad que calaron mis huesos creaban una sensación térmica más baja de lo que realmente correspondía a esa época del año.

Por el camino me fui cruzando con diversos trabajadores, que me saludaban con gran amabilidad y corrección, lo mismo que yo a ellos. Di varias vueltas y no encontraba a Liam, por lo que me decidí a preguntar a uno de ellos. Las caras de la mayoría ya me eran familiares, aunque a algunos todavía seguía sin conocerlos. Uno de ellos me señaló el punto en concreto en el que estaba mi chico y me dirigí allí feliz y cantarina.

Llegué y efectivamente. Allí estaba Liam, de espaldas con uno de sus empleados.

¡Hola! —exclamé con toda la efusividad del mundo.

¿He dicho con toda la efusividad? Pues esa fue la misma que se esfumó en el momento en el que Liam se dio la vuelta, pero también lo hizo el otro hombre.

¡Hola, mi amor! —contestó él, mirándome fijamente—Cariño, ¿te encuentras bien, qué te pasa?

Pero no. Yo no me encontraba bien. En realidad, me encontraba horrorosamente mal. Debía estar pálida como la cera y noté un frío tremendo en mi interior. No podía dejar de mirar a aquel hombre. Me parecía estar viviendo una pesadilla.

Ante semejante perspectiva, la cara de aquel fulano tampoco era mejor, cosa de la que Liam no se estaba percatando al estar centrado en mí y en lo que pudiera pasarme.

Por más que intentaba articular palabra, me era totalmente imposible. Intentaba hablar y me asfixiaba. Logré toser y comencé a hiperventilar. De lo más asustado, Liam corrió hacia mí. Él no podía entender en absoluto lo que me estaba ocurriendo y la impotencia se apoderaba de su ser por momentos. Igual que el miedo del mío.

Cariño, ¿qué te pasa? ¡Por el amor de Dios, Diana! Intenta respirar, mi niña, respira conmigo. Estás sufriendo un ataque de ansiedad, pero no te preocupes. Estoy contigo. Diana, mírame, no va a pasarte nada malo, amor, respira.

Intenté hacerle caso, seguir el ritmo que me iba marcando con la respiración. Necesitaba romper a llorar y decirle con palabras todo aquello que mi soliviantado gesto le estaba indicando, es decir, que algo iba rematadamente mal.

En ese momento, aquel miserable y despiadado hombre le comentó a Liam que entendía que necesitábamos estar a solas y que él se marchaba, si no precisaba sus servicios. Liam asintió y nos quedamos los dos allí.

El hecho de verle marchar hizo que me sintiera algo más aliviada y por fin rompí a llorar. Todavía no podía hablar, pero al menos logré vencer ese tremendo bloqueo mental. Aquello no podía estar pasando, pero sí, mucho me temía que sí.

Preciosa, ¿puedes hablar ya? ¿Puedes decirme qué te ha dejado en shock? Me tienes muy preocupado, dime en qué puedo ayudarte.

Liam acabo de tener otro recuerdo y este ya no es un flas, es un recuerdo completo. Ya sé lo que me pasó, ya sé cómo llegué hasta aquí, ya sé quién me hizo daño. Lo que te conté del hombre del coche era real, ahora lo veo nítido.

¿Me lo dices en serio? ¿Quién te hizo daño?

Amor mío, fue ese hombre—lo señalé mientras lo íbamos perdiendo de vista.

Por muchos años que pasen, no podré olvidar jamás el rostro de Liam en el momento en el que levanté el dedo acusador y le indiqué que había sido la sabandija aquella la que me hizo daño. La mandíbula contraída, el gesto apretado, el bufido que le salió de lo más interno de su ser...

Solo dime una cosa, cariño, ¿estás totalmente segura?

Sí, ahora lo veo. Estoy recordando la secuencia completa. Yo iba recorriendo las Tierras Altas de mochilera, de modo que no disponía de vehículo. Me detuve a comer en un restaurante que no cae demasiado lejos de aquí. La comida estaba deliciosa y una camarera muy simpática me indicó cuál era el bus que tenía que coger para Inverness. Al salir me crucé con ese hombre. Me pareció agradable y confiable. Comenzó a preguntarme por algunos aspectos de mi viaje y yo como una tonta le conté. Después se interesó por mi siguiente destino y le dije que era Inverness. Él me comentó que iba justo en esa dirección, que no era necesario que fuera en bus, que no le costaba absolutamente nada acercarme. Me pareció una buena idea, lo siento tanto...—me apreté los lagrimales tratando de no llorar.

No reprimas el llanto, mi niña, pero termina de contarme lo que pasó—Liam miraba al otro hombre que se iba alejando.

Vale. Resulta que fue subirme en el coche y tener la sensación de que me había equivocado. Era como si su rostro se hubiera transformado y convertido en libidinoso. Sentí miedo, pero el coche ya estaba en marcha. Intenté darle conversación para dejar esa sensación aparte, pero mi temor se acrecentaba por momentos, dada su manera lujuriosa de mirarme. En un momento dado, puso su mano sobre mi muslo y noté que, por si eso fuera poco, intentaba, intentaba avanzar hacia...—las lágrimas brotaron de mis ojos como puños en ese punto.

Lo entiendo, ¿logró hacerte daño, mi vida?

No. Sentí tantísimo miedo que, cuando pasamos por lo que entiendo que eran las cercanías de estas tierras, abrí la puerta y me tiré en marcha, sin más. De ahí que no tuviera bolso, ni móvil, ni nada. Solo quería escapar de sus asquerosas garras.

Vale, cariño, ya sé todo lo que necesito, quédate aquí, por favor...

Ante mis aterrados ojos, Liam salió corriendo. Para que no faltase nada, en ese momento había comenzado a llover a mares. Desde donde estaba, veía al otro hombre que iba en dirección recta. La velocidad de Liam era tal que no tardaría en darle alcance. Sentí pánico y pese a que él me había pedido lo contrario, corrí hacia ellos.

¡Hijo de puta! —le estaba golpeando ya con toda furia cuando llegué a la altura de ambos. La escena era dantesca, pues todavía la hacían peor la lluvia y el barro, mezcladas con la sangre que comenzaba a brotar de la cara de aquel delincuente.

Por suerte y consciente de su culpa, ni siquiera hacía por defenderse. Temí lo peor, la rabia de Liam no parecía tener fin y, de seguir así, podía matarlo. Me acerqué lo suficiente para que me oyera, pero mi *highlander* estaba fuera de sí y yo tenía que actuar antes de que allí ocurriera una desgracia.

Lo cogí por los hombros y me miró.

Liam, déjalo por favor. Lo vas a matar y no merece la pena. Nosotros somos felices, no hagas nada de lo que podamos arrepentirnos toda la vida, cariño. Permite que se marche.

Su mirada, clavada en la mía, pero ida. En ese momento no se llamaba Liam, su nombre era ira y estaba totalmente desatada. A duras penas logré tirar de él hacia atrás. Varios de los trabajadores empezaron a correr hacia nosotros atraídos por los gritos y, pese a no saber de qué iba la cosa, desde lejos le pedían también que lo dejase.

Finalmente, Liam se puso en pie. El otro se levantó como pudo, estaba totalmente magullado.

Coge tus cosas y márchate. Da gracias a que ella tiene un gran corazón porque por mí te hubiera matado aquí mismo. Procura que no vuelva a ver tu asquerosa cara por estas tierras nunca más. Vete lejos.

Varios de los hombres que ya habían llegado hasta nosotros le ayudaron a marcharse con toda rapidez sin hacer preguntas. Mi afligida cara y el gesto contenido de Liam lo decían todo. De sobra sabían que el hecho debía haber tenido la suficiente entidad como para sacar el lado salvaje

de su jefe de esa forma, con lo correcto y amable que se mostraba siempre con ellos.

Le tomé las manos. Sus nudillos ensangrentados, un temblor inusitado, el pulso acelerado... Lo abracé fuertemente, más que nunca. En pocos momentos, había pasado del horrible temor de recordar una verdad muy dolorosa al de pensar que pudiera perder a Liam, pues de haberlo dejado allí habría ocurrido una desgracia.

Abrazados, comenzamos a andar hacia la casa. Mi chico me acababa de dar una lección de lealtad que jamás olvidaría, esa sí que no. Ni siquiera le habría importado que sus huesos hubieran ido a parar a la cárcel con tal de limpiar lo que aquel desgraciado quiso mancillar.

¿Cómo estás, cariño? —me acariciaba el mentón.

Mejor, muy asustada, pero mejor. Tranquilízate, por favor, ya pasó todo.

Por supuesto que pasó. Te prometí que conmigo no te pasaría nada malo y así será, hoy, mañana y siempre, todos los días de tu vida.

Me lo has demostrado con creces—me eché a llorar en su pecho.

De esa guisa entramos en la casa y lo hicimos además totalmente empapados. Patty debió alucinar cuando nos vio.

¿Qué ha pasado? —nos preguntó corriendo hacia nosotros.

La puse en antecedentes y quedó en shock. Incluso tuvo que sentarse.

¡Dios, mío! Os preparo un té calentito para que entréis en calor mientras os ducháis. Tenéis que ir inmediatamente a comisaría.

¿A comisaría? —yo no había caído en el asunto.

Sí, Diana, Patty tiene razón. Esto lo tenemos que poner en conocimiento del inspector Alastair de inmediato—la voz de Liam sonaba más contundente que nunca.

Lo que vosotros digáis, vamos a ducharnos y te curo esos nudillos, mi amor.

Un rato después ya estábamos Liam y yo en la cocina, tomando ese té que con tanto cariño nos había preparado Patty.

No sé en qué más puedo ser de ayuda—negaba ella con la cabeza.

Pues, si eres tan amable, quedándote aquí y preparando esa sopa que tanto le gusta a Liam —me parecía lo más lógico.

Eso está hecho, mi niña.

Antes de salir para comisaría, Liam llamó al inspector y le dio el nombre del malhechor, explicándole por encima lo sucedido. Por supuesto, nos pidió que recaláramos por allí para poner la denuncia.

Nos subimos en el coche. Liam estaba muy afectado, por lo que se mostraba menos hablador que otros días, pero sus gestos de cariño hacia mí eran incontables. Me miraba, tomaba mi mano, me sonreía... En definitiva, me brindaba todo el apoyo y la protección que yo necesitaba en esos momentos tan difíciles.

En aquel precioso camino que nos llevaba a Inverness fue ocurriendo algo que yo calificué de milagroso, porque diversos flases venían a mi mente. Eran de mi viaje por las Highlands, preciosas imágenes de los días anteriores a aquel lamentable suceso.

Amor, no te lo vas a creer, es como un milagro. Estoy recordando muchas cosas de mi viaje.

¿En serio me lo dices? —por fin alegría en su cara.

Totalmente en serio. Recuerdo haber explorado el Canal de Caledonia, por ejemplo. Me uní a un grupo de chicos que estaban por allí y compartimos la comida. Me acuerdo de que me encantó, de que vi las barquitas atracadas en sus pequeños puertos, y aquellas casas y árboles que provocaban un bonito reflejo en el agua. Había ciervos y patos que nadaban...

Es extraordinario, cariño. Poco a poco lo vas a ir recordando todo, ya verás...

Sí, recuerdo más cosas, te las quiero contar todas. Unas las veo más claras y otras un poquito menos nítidas, pero me van viniendo...

Cuenta, cuenta...

Recuerdo también haber llegado en bus a la colina de Craig Phadrig, era boscosa y me quedé hipnotizada con sus vistas increíbles de la ciudad y del fiordo de Beaully. Llegué hasta la cima y allí me sentí la reina del mundo—reí y por fin logré sacar su risa. Estaba siendo una mañana muy complicada, pero yo comenzaba a ver la luz al final del túnel.

Antes de que quisiéramos darnos cuenta ya estábamos sentados en el despacho del inspector, que nos atendió a la perfección como siempre.

Tengo que preguntártelo Diana, ¿lo reconoces sin ningún tipo de duda? ¿Estás segura al cien por cien que el hombre cuya identidad me ha dado Liam es quien te hizo daño?

Al cien por cien.

Bien, procederemos a su detención, aunque siento muchísimo decirte que no es probable que logremos una condena. Te explico, por doloroso que resulte es tu palabra contra la suya y a estas alturas se habrá deshecho de toda prueba que confirme que te montaste en su coche. Incluso habrá borrado cualquier posible huella. No obstante, me encargaré personalmente de intentar dar con cualquier cabo suelto que haya podido dejar. Y una última cosa te digo, si no puedo cazarlo en esta ocasión seguiré sus pasos muy de cerca. Ese tipo de comportamientos suelen ser reiterativos y no voy a cejar en mi empeño hasta ver a ese tipo entre rejas.

El inspector nos hizo una y mil preguntas más tanto a Liam como a mí y a la postre nos pidió que nos fuéramos tranquilos a casa y que confiáramos en su buen hacer.

Salí de allí con la confirmación de lo que ya sabía, que no podía haber dado con mejores personas. Una extraña sensación de paz me invadió. Sonreía a Liam, quien me llevaba cogida por la cintura y me apretó a él. ¡Cuánto lo necesitaba!

Tomamos un café en una bonita pastelería antes de seguir rumbo a su casa. Nos apetecía ese

momento de distensión en el que incluso logró que me tomara un dulce mientras me observaba sonriente.

Yo miraba sus nudillos magullados y sentía el más impresionante de los agradecimientos. Era casi un prodigio llegar a la vida de alguien y que en cuestión de tan poco tiempo lo estuviera dando todo por ti.

No quisimos entretenernos demasiado porque Patty nos estaría esperando deseosa de noticias.

Pusimos rumbo a la casa y yo, pese a lo impresionada que estaba, me sentí súper bien al caer en la cuenta de que venían más recuerdos a mi mente.

Me acuerdo de más cosas, que lo sepas—solté con voz cantarina. Tenía muchas ganas de verlo también animado.

¿No me digas? Cuéntame...

Sí, estuve en unas ruinas de un priorato, tengo su nombre en la punta de la lengua.

Debió ser el priorato de Beauily...

Ese mismo.

En el llamado “bello lugar”, es el que te viene a ti que ni pintado, como anillo al dedo—añadió risueño.

¿Sí? —estaba muy, muy ilusionada por mis avances.

Iba a resultar que era cierto aquello de que “no hay mal que por bien no venga”, dado que el mal trago por el que habíamos pasado aquella mañana parecía haber sido el pistoletazo de salida para que mi mente se desbloqueara y los recuerdos empezaran a aflorar en ella.

Y otra cosa, estuve también en las cascadas de, espera que me acuerde, no me las digas tú... De Plodda, eso es. Eran espectaculares, las recuerdo muy altas y el bosque de abetos que las rodeaba era una maravilla. Estuve como una hora recorriendo un sendero con un encanto especial...

¡Madre mía! Va a resultar que ya lo has visto todo, ¿qué vas a dejar para que te enseñe yo?
—se echó a reír.

Tú seguro que me puedes enseñar muchas cosas—ya salió mi vena más pillina.

No sé yo—bromeó.

Llegamos a casa y corrí hacia Patty que, efectivamente, estaba ávida de noticias.

Patty todo ha salido bien, ya ese hombre va a ser investigado y, ¿sabes lo mejor?

¿Qué, mi niña?

Que estoy recobrando la memoria...

¡No puedo creerlo! —dijo un salto de alegría.

Sí, te voy a contar un montón de sitios en los que estuve los días anteriores a que me pasara eso.

Sí, prepárate porque aquí la señorita viaja más que Willy Fog—Liam ya estaba de mejor humor también.

Pues todo eso será tomando mi sopa y unas croquetas de esas de carne que también he cocinado y que tanto os gustan.

¿Se puede tener más suerte? —pregunté.

Se puede, se puede, porque también estoy terminando de hacer esa tarta de tres chocolates que dices que está tan buena...

¡Oleee!

Estuvimos almorzando con ella y yo procuré poner la nota de alegría en un almuerzo en el que los sentimientos se notaban de lo más contradictorios. La rabia de Liam iba cediendo, pero se notaba

todavía muy consternado.

Nos fuimos a dormir la siesta y me explicó.

Cariño, es que lo que más me duele es pensar que ese hombre ha estado cerca de ti en todo momento y yo sin saberlo, hablándole con normalidad, como si fuera uno de los míos...

Amor, tú no podías saberlo. Sin embargo, cuando te has enterado, tu reacción ha sido bestial. Sentí tanto miedo porque se te fuera la cabeza...

Nunca me había pasado, pero reconozco que sí, lo hubiera podido matar de la ira que sentía. No puedo soportar pensar que nadie te haga daño...

Ya lo sé, mi vida.

Me acurrucó en su pecho y dormimos así un par de horas. Por la tarde nos levantamos y estuvimos paseando por las tierras, cogidos de la mano. Yo estaba un tanto cansada. Eran muchas las emociones vividas, pues esa tarde volví a recordar gran cantidad de aspectos y no solo de los días anteriores a mi accidente, sino de mi vida en general.

Por la noche nos acostamos y Liam me dio una serie de cariñosos besos sin mayores pretensiones. Yo notaba que no era sexo lo que buscaba, ni mucho menos. Los que me estaba dando los percibía como unos besos extremadamente protectores. Tenían mucho de aquello que tantas veces me repetía, que no permitiría que me pasara nada malo.

En el silencio, lo sentí más cercano a mí que nunca. El hombre que me estaba abrazando se había colado en tiempo récord por las rendijas de mi corazón para adueñarse de él. Y es que, sin saberlo, lo que comenzó como una ayuda, se estaba convirtiendo en una intensa historia de amor en el más idílico de los marcos posibles, las Highlands.

Capítulo 14

Me desperté en brazos de Liam y me sentí justo como él pretendía: totalmente protegida. Embelesada, lo estaba mirando cuando sus bonitos ojos se abrieron.

¿Cómo estás, cariño? —me abrazó fuerte.

Muy bien. ¿Sabes? He tenido una pesadilla, pero solo ha sido eso. Soñé que ayer nos ocurrieron unas cosas feas, pero no debieron ser reales—quería apartar todo lo vivido de mi mente.

Pues entonces va a ser eso, que solo fue una pesadilla—me apretó contra él, de lo más cariñoso.

Sentí como si empezara un nuevo ciclo para mí. Mi mente calmada, mis recuerdos logrando salir a la luz... Fue entonces cuando percibí aquel tremendo sentimiento en sus ojos, que a la vez empezaron a transmitirme sus manos. Liam comenzó a acariciar suavemente cada recodo de mi piel, mientras me regalaba los más dulces de los besos.

Antes de que quisiéramos darnos cuenta, nuestras pieles se estaban fundiendo, los cuerpos desnudos, el deseo apoderándose de una situación también dominada por los sentimientos.

Después de mi cuello, que recorrió cuidadosamente con su lengua, continuó lamiendo mis senos, con cariño, regodeándose en cada uno de mis pliegues, mi respiración alterada, la suavidad haciéndose la reina de una situación que deseaba con todo mi ser.

Siguió avanzando en dirección a mi cavidad íntima, deteniéndose en mi línea alba, en mi ombligo... Llegó al lugar prohibido y pasó de largo, la cara interna de mis muslos fue el siguiente destino de una lengua juguetona que me estaba prodigando las más deliciosas de las sensaciones. Retrocedió y no lo dudó. Se recreó en mi entrepierna, su cabeza hundida, mis jadeos acompañados con esos delicados movimientos de lengua...

Un minuto, dos, tres... Mi chico no tenía prisa, mis piernas se encorvaban, mis uñas casi rasgaban las sábanas. Yo notaba que me elevaba, me llevaba al sumun del placer, mis gemidos no conocían el fin hasta que aquel intenso orgasmo me hizo temblar de arriba abajo.

Su sonrisa al levantar, su mirada enfrentada a la mía, su miembro entrando sin prisa hasta lo más interno de mi ser, mientras sus manos seguían recorriéndome, recordándome que aquello no era sexo, sino amor y del bueno.

Sus manos en mis caderas, llevándome hacia él, la cadencia de sus movimientos, esa forma de recordarme que allí y en ese momento, éramos uno y que íbamos a seguir siéndolo... La pasión en sus ojos...Cuanto rodeaba a aquel impresionante momento me hacía querer parar el tiempo.

Más caricias, más besos, movimientos cada vez más profundos, las manos de Liam en mis nalgas acercándome más y más a él, aquel cosquilleo en mi interior, producido por las contracciones de un miembro, el suyo, a punto de estallar. Y lo hizo, se vació en mí mientras sus labios me recordaban que me quería. No obstante, ya sus ojos me lo habían dicho, una y otra vez.

Nos vestimos con tranquilidad, como dos amantes que ignoran el reloj, con la felicidad de saber que no hacía falta preguntar, que mi lugar estaba allí, que ya estaba todo hablado, sin necesidad de palabras...

En la cocina Patty nos agasajó con un desayuno digno de reyes. No podía ser más atenta aquella mujer.

¿Cómo has dormido, cariño? —me dio un beso y un abrazo.

Bien, tranquila, por fin en paz.

Liam, si tienes muchas cosas que hacer, ella puede quedarse aquí conmigo, necesita mimos —me miró, era una mujer increíble.

Te lo agradezco mucho Patty, pero por eso mismo he decidido que hoy no voy a trabajar. Le voy a dedicar el día...

¿Quién eres tú y qué has hecho con Liam? —bromeó ella.

Creo que sí, que estoy cambiando, pero es que esta personita bien merece atenciones—me cogió la mano por encima de la mesa.

Tienes toda la razón. Te diré una cosa, hija, en los muchos años que llevo aquí, puedo decirte que este hombre no ha dejado nunca de trabajar. Ciertamente que tiene mucha ayuda con sus empleados, pero está siempre al pie del cañón como el primero.

¡Si es que no solo es bonito! ¡Lo tiene todo! —ya volvía a ser yo, aquella loquilla alegre. Me dio un siroco y me encajó directamente en las piernas de Liam.

Me quedé desayunando en sus rodillas. Él me miraba y moría de amor y yo... Yo no sabía qué había hecho ese hombre conmigo, pero desde luego que mi vida la había puesto patas arriba, ¡no podía estar más contenta!

Patty se hizo la tonta y con una excusa nos dejó solos en la cocina. Yo lo miraba y no podía dejar de besarlo.

Tienes un poco de mermelada aquí—señalé la punta de su nariz.

¿Dónde? —se tocó y no había nada.

Aquí, bobo—aproveché para ponerle yo un poco y a continuación le di un bocado.

¿Bocaditos a mí? Ven aquí—comenzó a hacerme cosquillas como si no hubiera un mañana.

Fue un desayuno de lo más divertido. Tras él, salimos de la mano y nos dispusimos a dar un bonito paseo por las inmediaciones.

He recordado otra cosa y a lo mejor esta te hace menos gracia—no pude reprimir la risa.

A ver qué me vas a contar, miedito me da...

Pues que me he acordado de algunas cositas con ciertos novietes que tienen que ver con la cama—reí abiertamente.

Vamos que de virgen tenías tú lo que yo de monje, ¿no?

Eso parece, pero venga, si te ha venido bien—le guiñé el ojo.

Créeme que algo ya me olía—me abrazaba y comenzó a besarme sin tregua.

Y hablando de tregua, el tiempo sí nos había dado una. En realidad, parecía que estaba sincronizado con nosotros. El día anterior se había mostrado gris y enigmático, mientras que esa mañana los rayos de sol nos resultaban de lo más reconfortantes y su alegría hacía juego con la nuestra.

¿Qué te apetece hoy, preciosa? Estoy a tu entera disposición.

Bueno, bueno, pues entonces nos vamos a montar una juerga que ni te la imaginas, nos vamos a ir de fiesta y... ¡Que es broma! Ya me conoces, ladro, pero no muerdo. En realidad, lo único que me apetece es pasar el día aquí contigo, tranquilamente, sin más.

¿No quieres ir a ningún sitio?

Si ya no tienes nada que enseñarme, ¿no te acuerdas de que te conté que me conozco esto como la palma de mi mano? Te lo tendré que enseñar yo a ti—bromeé.

En serio, hay parajes maravillosos que te van a encantar y sorprender, pero tienes razón, hoy deberíamos quedarnos aquí, vas a tener toda la vida para verlos...

¿Sí? —aquella información me supo a gloria. Di un saltó y me encaramé en lo alto de él, que comenzó a pasear conmigo a cuestas.

¡Cómo me molaba lo fuerte y cariñoso que era! No podía imaginar nada mejor que aquello.

¿Cuánto de grandes son tus tierras?

Pues todo lo que alcanza tu vista y un poco más—me señalaba él.

Yo quiero recorrerlas, eso es lo que me apetece—lo tenía claro.

Pues entonces se me ocurre una idea, ¿recuerdas si has montado alguna vez a caballo?

Sí, recuerdo haberlo hecho en un club de hípica cercano a mi casa con Candy.

Pues entonces voy a proponerle a Patty que nos prepare unos bocadillos para almorzar y las recorreremos.

¡Me encanta ese plan! ¡Ainss, que mi chico vale un potosí!

Nos fuimos a la cocina y en un periquete Patty nos preparó no ya unos bocadillos sino un picnic completo. ¡También valía su peso en oro esa mujer!

De la mano de Liam, llegamos a los establos. Él sacó a Guerrero y después hizo que me familiarizara con otro caballo que me comentó que era muy bueno y noble. En cuanto hubimos dado algunas vueltas por allí, me indicó que veía que estaba hecha a él y nos marchamos.

Las tierras no solo eran grandes sino preciosas a más no poder. Cabalgar al lado de Liam era toda una aventura y en ese momento me embargó la felicidad cuando pensé que aquello sería algo que podríamos hacer a menudo.

Mi chico se recreó en enseñarme cada uno de sus rincones, con toda la historia que tenían detrás y con el mucho significado que tenían para él.

Hicimos una parada para comer al borde de un riachuelo, en el que no hace falta decir que terminamos metiéndonos y salpicándonos. Él llevaba una pequeña mochilita en la que portaba algo de ropa de recambio, de modo que nos bañamos y bromeamos a placer antes de almorzar.

Nos tumbamos sobre la hierba y dimos de beber a los caballos, que se echaron tranquilamente al sol.

Liam no paraba de insistir en que probara todas aquellas exquisiteces que nos había preparado Patty.

Tienes que comer bien que en estas tierras todos lo hacen—me informó.

¿Sí? A ver si lo que vas a querer es cebarme—reí.

Tú eres bonita con o sin kilos, hasta debajo del agua o vestida de buzo—se notaba su felicidad.

Después de almorzar, nos quedamos un buen rato tumbados sobre la hierba. Liam no paraba de acariciarme, de echar mi pelo detrás de mi oreja, yo estaba encantada y no podía parar de sonreír.

¿Sabes? —de repente más y más recuerdos a mi mente.

Dime.

Mis abuelos paternos tenían una granja. Acabo de recordarlo. Yo iba con mis padres allí todos los veranos e incluso permanecía algunas semanas más cuando mis padres volvían a Londres.

¿Sí?

Sí, recuerdo también un niño...

¿Otro noviete? —enarcó los ojos simulando enfado.

No, éramos muy pequeños, pero recuerdo que vivía en la casa de al lado y que jugábamos mucho en una cabaña de madera que tenía.

Debiste tener una infancia muy feliz...

Sí, ahora que la recuerdo, sí. Mi madre era una mujer muy dulce y mi padre muy divertido, recuerdo que siempre estaba de broma.

Vaya, de ahí le viene la alegría a mi chica.

Y la dulzura, ¿o no soy yo dulce? —me puse delante de él y empecé a besarlo.

Claro que sí, un bichillo, pero dulce—de nuevo sus cosquillas y yo rodando por el suelo.

Quedé de espaldas y él encima de mí.

Te haría el amor aquí mismo—me acarició la cara.

No, por favor, que tenemos espectadores—señalé a los caballos y reí.

Quiero hacerte el amor todos los días de mi vida, pero, sobre todo, quiero hacerte feliz.

Eso va parejo, va de la mano, créeme. Tú hazme mucho el amor que ya verás lo contenta que estoy yo—reí.

Debimos pasar allí como dos horas. Liam también me iba contando muchas cosas de sus padres, de cómo lograron con su esfuerzo hacer de aquel lugar una gran explotación y de cómo los ayudaba él desde pequeñajo.

Debías ser tú todo un personaje, ayudando a tope sin levantar un palmo del suelo. Te estoy imaginando.

Sí, mi madre me decía que yo tenía el poder del escorpión, de ahí que terminarla tatuándomelo.

A ver, a ver, que no lo he visto yo todavía bien—le levanté la camiseta y le di un bocado.

Pequeña caníbal, ven aquí—me abrazó.

¿Sabes qué te digo? Que yo también me he contagiado de ese poder tuyo y quiero hacerme un pequeño *tatoo* de un escorpión, pero igual me lo hago aquí— señalé en un ladito, por debajo de mi cintura.

Me parece rematadamente sexy—volvió a abrazarme.

No teníamos ganas de movernos. Un rato después echamos mano de un trozo de tarta de chocolate que había sobrado el día anterior y que Patty nos había metido en un *tupper*.

Si me quedo, en tanto voy pensando qué hacer con mi futuro profesional, quiero ayudar, lo digo desde ya—advertí con el dedo.

Bueno, ya has visto que trabajo aquí es lo que sobra, pero como no hace ninguna falta y lo harás por gusto, quiero que lo tomes como hobby.

Vale, me gustaría poder encargarme oficialmente de los caballos, junto con el chico que ya lo hace claro, que no es plan de quitarle el puesto, al pobre. Y contigo, que no es plan de echar al jefe.

Por supuesto que no.

Pero sin sueldo y sin nada...

Lo que te plazca, pero por mí no sería problema.

Y lo que me hubiera placido hubiera sido permanecer con él allí durante días... Un rato después emprendimos la vuelta y dejamos los caballos en el establo.

Fui a meterme en la ducha y ya tenía a Liam al lado.

¿Se puede saber quién te ha dado a ti vela en este entierro? —sonreí.

Si te molesta, me voy—hizo como que salía.

No, no, no seas tú tan ligerito—tiré de él hacia dentro e hicimos paz y guerra bajo el agua.

Pasar todo el día con Liam, en aquel relax, fue el mejor regalo que pudo hacerme después de las horas tan complicadas que habíamos vivido el anterior.

A la hora de la cena, Patty nos sirvió una carne estofada que olía a kilómetros.

Me recuerda a una que hacía mi madre, con unos piñones en la salsa—le sonreí.

¿Era buena cocinera? —me cogió la mano.

Muy buena, igual que tú. Así que, ya que no puedo disfrutar de sus guisos, disfruto de los tuyos—le estaba muy agradecida.

Me alegra, mi niña. ¿Tienes ya muchos recuerdos de tu infancia?

Un montón, ya te contaré. Yo era un trasto.

O sea, que el día que tengamos una Bellita por aquí corriendo vamos a tener que santiguarnos—rio.

Liam y nos miramos y también nos echamos a reír. Lo dijo con tal naturalidad que no parecía haber lugar a dudas...

Tengo una propuesta para esta noche—le sugería a Liam tras la cena.

Lo que quieras, mi amor.

Me apetece que durmamos en la cabaña de madera.

Eso está hecho.

Para mi sorpresa, me cogió en brazos y así llegamos hasta ella.

Si las Highlands en sí eran mágicas, aquel rincón lo era especialmente. Ni que decir tiene que hicimos el amor con pasión, tan pronto cerramos su puerta.

Un rato después, Liam cerró los ojos y yo me quedé despierta un poco más. A través de los ventanales veía la preciosa luna llena que nos alumbraba y en su luz lo vi claro: comprendí que allí y en ese momento comenzaba mi nueva vida. En las Tierras Altas había encontrado un hogar y una familia y en el *highlander* que dormía a mi lado, al amor de mi vida.

Epílogo

2 años después...

Observé la sala principal y me encantó lo que vi. Sin duda mi esfuerzo había valido la pena, aunque desde luego que no habría podido lograrlo sin el inestimable apoyo de Liam.

Apagué las luces y cerré la puerta. Mi clínica estaba lista para abrir sus puertas al día siguiente. Salí de allí de la mano del que era mi pasión, mi *highlander* y al lado de la que seguía siendo mi mejor amiga, Candy, que de nuevo nos visitaba en las Tierras Altas, las tierras que ya consideraba mi hogar, para prestarme su apoyo en una ocasión tan especial.

Después de haberle dado muchas vueltas a la cabeza en aquellos últimos y maravillosos años, había decidido que no podía aparcar la que había sido mi vocación: la Enfermería. Fue Liam quien me dio la idea de que montara mi propia clínica y de lo que lo hiciera en sus tierras, lo que me pareció maravilloso.

Los vecinos de la zona estaban realmente encantados, pues se notaba cierta falta de centros de ese tipo por allí y a aquellas alturas ya todos me conocían y apoyaban. Algunas veces Liam decía que yo era ya más popular que él por aquellos lares, pero yo siempre le respondía que, pese a todo, el *highlander* de pro era él.

La clínica la habíamos equipado con los últimos adelantos del sector y yo me había encargado personalmente de la decoración. El resultado no podía haber quedado más cuco y me sentía radiante.

Entramos en la cocina y allí estaba la buena de Patty con un exquisito estofado que nos había cocinado.

Esta noche cenamos y nos acostamos—le solté a Candy, no queriendo pensar que fuéramos a coger una cogorza igual que la última vez que nos visitó.

Eso lo dices tú ahora, pero una copa te tomas seguro—se echó a reír y buscó la complicidad de Liam.

Yo no digo nada, pues sois dos contra uno.

Bueno, pero una copita y ya—quería dejarme convencer.

A ver, una no fue, pero tampoco fueron un ciento. Paramos a tiempo de estar frescas como lechugas a la mañana siguiente, que las Highlands tuvieron a bien regalarme unos preciosos rayos de sol que yo agradecí como agua de mayo.

¿Nerviosa? —Liam en realidad lo estaba más que yo, pero disimulaba muy bien.

Quizás un poquito.

Pues ven, que se me ocurren diversas maneras de quitarse esos nervios—de nuevo esa mirada penetrante, ¡no podía con ella!

Quita, quita, que entonces no llegamos—ya me conocía yo muy bien el cuento, nos liábamos, nos liábamos y teníamos para largo.

Bajé de la cama y vino detrás de mí. Salí corriendo y chillando y me alcanzó cuando estaba al lado de la puerta. Empezó a besarme mientras yo seguía a voces combinadas con carcajadas.

¿Qué le estarás haciendo a mi amiga que la veo tan a disgusto? —chillaba Candy desde el dormitorio de invitados.

Llegamos a la cocina y hasta Patty se reía.

Parecéis chiquillos todos—negaba con la cabeza riendo mientras servía el desayuno.

Eso digo yo—miraba a mi chico y a mi amiga como si no fuera conmigo.

¡Tendrás cara! ¡Si eres la peor de todos! —me tiró Candy con una servilleta que fue a caer en mi café, absorbiéndolo casi por completo.

Voy a necesitar otro—lo levanté y se lo enseñé a Patty que no daba crédito.

¿Tú has visto esto? —le preguntaba a Liam.

¿Yo? Yo no he visto nada que esto se está convirtiendo en un matriarcado y al final cobro.

Desayunamos entre risas, bromas y buen rollo y después nos arreglamos para la ocasión. Yo había elegido una primaveral faldita con tres volantes, en tonos beige, con un top floral y unos botines de ante que le combinaban de maravilla. Me veía fenomenal.

La idea era abrir el local para que todos los vecinos pudieran conocerlo y le dieran el visto bueno, tras lo cual serviríamos una copa y unos aperitivos. Para que estuvieran perfectamente atendidos, contratamos un catering, pues Patty quería encargarse de todo, pero nos pareció una labor titánica. Además, lo que yo deseaba es que ese día disfrutara a tope con nosotros, ni mucho menos que trabajara.

Tan pronto como llegué a la puerta de la clínica, que abrí con la brillante y nueva llave que prendía de un bonito llavero que me había regalado Liam, y que yo decía que era el de la suerte, se acercó por allí Rachel. Era una chica que se acababa de graduar y que sería mi compañera. El que yo le había ofrecido se trataba de su primer trabajo y estaba entusiasmada.

A continuación, comenzaron a llegar gran cantidad de vecinos, deseosos de curiosear y de felicitarme por la idea que había tenido. Yo a todos les decía lo mismo, que estaba agradecida de tenerlos de visita, pero que las consultas a partir del día siguiente, aunque Madeleine, una señora muy mayor se empeñó en que le tenía que tomar la tensión, que según ella la tenía bajísima.

La tiene usted mejor que todos los que estamos aquí—me quedé asombrada cuando se la tomé— Ya firmaba yo por tener su salud a su edad, ¿cuántos años tiene?

Noventa y ocho voy a hacer el mes que viene, hija.

¿En serio?

Pues sí.

¡Dios mío, casi un siglo!

Qué barbaridad, me tiene que dar la receta para llegar así de bien.

Llegarás hija, porque mi único secreto fue casarme con un *highlander* como el tuyo— señaló a Liam.

Bueno, yo no estoy casada, pero como si lo estuviera.

Sí, hija, hombres así, que te cuidan y te miman, te dan vida...

Y no le faltaba razón. A ver, desde que en su día recobré la memoria, atesoraba en mi mente un millón de recuerdos extraordinarios del pasado, pero ninguna de las épocas vividas había sido más dichosa que la que estaba pasando con Liam.

¿Qué te decía la señora? —se acercó a preguntarme Candy.

Que te tienes que buscar un *highlander* si quieres llegar a su edad como ella—me eché a reír.

Pues mira, no estaría mal, me tienes que agenciar uno, mala amiga.

¿Yo? Me parece que eres más que capaz de hacerte con uno, ¡o con más de uno! —reí—
Eso sí, tienes que espabilar que hoy va a estar esto lleno, no vas a tener muchas ocasiones iguales.

Patty estaba allí, con su copita y pensé que pocas veces la veía relajada. Me encantaba.

Ha quedado precioso, mi niña. Todo lo que has traído a la casa ha sido bueno, con esa alegría que tienes—me dio un abrazo.

Hombre, claro, que sepas que después vamos a tener hasta un grupo de música en directo, hoy nos toca bailar a todos.

Terminé de enseñarles la consulta y salimos al aire libre, que era donde apetecía estar. Empezaron a pasar las bandejas de comida y la gente estaba encantada. Observé que Liam seguía siendo un manojito de nervios.

¿Y a ti qué te pasa? —me planté delante de él— Ya está todo listo, a la gente le ha gustado

mucho y lo único que nos queda es celebrarlo, primero con ellos y después en privado, que me debes la de anoche—le advertí con el dedo.

Tendrás cara, ¡pero si te la he ido a dar antes y has salido corriendo!

Excusas, excusas, esta noche ración extra—le di un beso.

¿Se puede ser más feliz? —sus ojos reflejaban enamoramiento.

Yo creo que no, pero si quieres te dejo que hagas algún intento—bromeé.

Y lo que venía en ese momento fue lo que menos podía imaginar en la vida. Lo hizo, el intento, digo. Liam se subió al escenario que habíamos acondicionado para los músicos y reclamó silencio a los asistentes. Se quedaron perplejos y yo la primera.

Hoy es un día grande, amigos. Un día que Diana y yo hemos querido compartir con todos vosotros. Hoy supone la culminación de un sueño para la que es la mujer de mi vida, algo que supe desde el primer día que puso el pie en estas tierras. Para mí Diana tiene todo lo que un hombre puede desear, ya que no solo es bonita por fuera sino por dentro. Ella trajo alegría a montones a la que era mi casa y que convertimos en la de ambos, vino a complementarme y dio luz a mis días. Diana es esa perfecta compañera de aventuras que todo hombre querría tener. Si os tengo que ser sincero solo tiene una pega—yo miraba atónita desde abajo y en ese punto me quedé totalmente cogida, ¿qué pega? —Y es que no es mi mujer oficialmente, o, mejor dicho, no lo es todavía porque ya os podéis imaginar que si yo, que no soy amigo de hablar en público, me he subido aquí es por algo. Diana, cariño, ven—me señaló.

Noté mis piernas temblar más que nunca. La emoción me salía por la punta de las orejas y apenas podía creer lo que estaba sucediendo, porque se veía venir, ¡estaba sucediendo!

Aquí estoy—dije como si la cosa no fuera conmigo—Soy toda oídos.

Y aquí estoy yo también—se arrodilló y yo chillé cuando sacó la cajita de su bolsillo.

A punto estuve de lanzar a los cuatro vientos que sí, que sí quería, antes incluso de que me lo

preguntara, pero me contuve a tiempo.

Diana, ¿quieres casarte conmigo?

A ver, a ver—lo miré divertida— si no la liaba no era yo, así que tenía que pensar rápido —Mira, te voy a decir que sí, pero solo con una condición, tenemos que hacer capitulaciones matrimoniales porque lo que es justo es justo. Total, que tienen que recoger una cláusula en la que diga que mi dinero y mis posesiones son mías y las tuyas...— ¿creíais que iba a decir tuyas? ¡De eso nada! —Las tuyas de los dos. ¿No insistía tanto siempre en pagarme?

El vecindario entero se tiró de risa por mi ocurrencia, pero lo increíble fue la reacción de Liam.

¡Pues claro, mi vida! Con tal de que te cases conmigo, lo que tú quieras...

Nos fundimos en un interminable beso en el que yo sacaba los dedos en señal de la “V” de la victoria. La gente aplaudía y nos vitoreaba.

Liam me bajó del escenario en brazos. Parecía que ya estaba haciendo prácticas para la boda, que las hiciera, que las hiciera... Él lo había querido, ahora iba a tener boda hasta en la sopa.

Y otra cosa te digo—le susurré en el oído al bajar—Tú te casas con el *kilt*, ¿eh? Que no sé si te he dicho que me pone mucho...

Algo he sospechado—reía él.

Candy y Patty salieron corriendo a mi encuentro en cuanto aterricé en el suelo. Las dos me besaban, abrazaban y felicitaban.

Mirad qué pedazo de pedrolo—movía yo el dedo. Ciertamente era una preciosidad, como siempre Liam no había escatimado en gastos. Era un amor mi chico.

Por fin comenzó la música y pasamos una tarde de ensueño, en la que no faltó la comida, la bebida y el baile...

Al atardecer, todos se fueron despidiendo y Candy se fue andando hacia la casa con Patty.

Liam y yo nos quedamos en ese incomparable entorno, rodeados por aquello por lo que tanto habíamos luchado y donde un día comenzó nuestra historia de amor.

Me has dado la mayor sorpresa de mi vida—le besé rodeando con mis brazos su robusto cuello.

Estaba deseando dártela desde que te conocí, mi Bella—siguió besándome sin cesar.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras y eso fue algo que pude corroborar en aquel momento. Si las palabras de mi futuro marido me encandilaban, su mirada me hacía comprender lo que era amor en estado puro, ¡y para siempre!